

*Jon Lee*  
**Anderson**

---



*Jon Lee*  
**Anderson**

---

**La mirada del periodista**

Asociación de la Prensa de Aragón  
Asociación de la Prensa de Madrid  
Congreso Nacional de Periodismo Digital

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

© De la edición: **Asociación de la Prensa de Aragón,**  
**Asociación de la Prensa de Madrid,**  
**Congreso Nacional de Periodismo Digital**  
De los textos: **Jon Lee Anderson, Fernando García Mongay,**  
**Fernando González Urbaneja, Javier Martín**  
De las fotografías: **Fernando García Mongay,**  
**Alberto Schommer**  
Del cartel de portadillas: **Santiago Arranz**

Marzo 2006, edición especial en coedición con:  
**Asociación de la Prensa de Aragón**  
**Asociación de la Prensa de Madrid**  
**Congreso Nacional de Periodismo Digital**

Recopilación: **Fernando García Mongay**  
Diseño y maquetación: **Santiago Díaz-H Sepúlveda**  
Cubierta: **Zaid**

Edición no venal

Impreso por Gráficas Muriel  
Depósito legal: M-9168-2006  
Impreso en España • *Printed in Spain*

# Índice

**Presentación** 7

por FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA

**Entrevista a Jon Lee Anderson** 9

por FERNANDO GARCÍA MONGAY

**El Reino en España** 19

por JON LEE ANDERSON

**Jon Lee Anderson en el Congreso de Huesca** 35

“Chico, abre los ojos.” 36

Cuatro días en Huesca 39

De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos 43

Cómo embullé a Jon Lee Anderson 49

Una lección de periodismo 59

El periodista en el aula 65

**Sobre Jon Lee Anderson** 73



EL PASADO AÑO editamos *Los cinco sentidos del periodista*, de Ryszard Kapuscinski. Nuestro admirado colega polaco cedió los derechos de edición para distribuir entre estudiantes y profesionales. Inaugurábamos así una serie de libros de reflexión sobre el periodismo, sin más pretensión que la de que fueran útiles para los compañeros. Así fue apreciado por muchos.

El paso de Anderson por Huesca, su relación con España, el premio que le otorgó recientemente *El Mundo*, su conferencia inaugural del master de El País-UAM y la edición en español de sus libros, le han convertido en un referente del trabajo más artesano de los buenos periodistas.

Recogiendo materiales de su estancia en el Congreso de Huesca y uno de sus retratos, para nosotros más cercano, el del rey Juan Carlos, que no había sido traducido a nuestro idioma, hemos armado otro texto que ilustra la forma de trabajar del autor y que esperamos que sea también útil para los compañeros.

El sabor del buen periodismo debe ser simiente de una buena práctica profesional, estímulo para ese trabajo personal, casi arte, de recoger datos, verificarlos, ordenarlos y exponerlos con sencillez y sentido, como para interesar e ilustrar a los ciudadanos.

Las experiencias y los consejos del autor interesarán a los periodistas, y también a los editores. A éstos hay que pedirles que miren más lejos, que inviertan en la materia prima esencial de su negocio: el talento de los periodistas.

Para que no caigan las difusiones, además del mejor marketing, es imprescindible dedicar más recursos, más mimo, más pasión al producto principal, a la información de fuste, trabajada con dedicación y con tiempo.

Solo con buena información y mejor opinión los periodistas veremos consolidado nuestro trabajo, y los editores, su negocio.

Fernando González Urbaneja  
Presidente de la Federación de Asociaciones  
de la Prensa de España (FAPE)





# *Entrevista a* **Jon Lee Anderson**

Por **FERNANDO GARCÍA MONGAY**

Periodista especializado en nuevas tecnologías, es colaborador habitual del diario *El País*, así como de la revista *Quo* y del *Diario del Alto Aragón*. Ha dirigido las siete ediciones del Congreso Nacional de Periodismo Digital, que se celebra en Huesca desde el año 2000, y codirigido con Guillermo Culell, director de *Clarín.com*, las tres del Congreso Iberoamericano de Periodismo Digital, en Buenos Aires (2003), Santiago de Compostela (2004) y Santiago de Chile (2005).



*“Escribo porque es lo  
único que sé hacer.”*

JON LEE ANDERSON

LA MAÑANA DEL 22 de noviembre de 2005, Jon Lee Anderson llega tarde a la cafetería del hotel frente al Parque del Retiro donde se aloja. Acaba de realizar un *chat* con los lectores de *El Mundo.es* y se nota que ha dormido poco. La noche anterior se puso una corbata para recibir el premio internacional de periodismo que concede *El Mundo*, como atestigua la portada del periódico de hoy, donde aparece bien afeitado en una foto junto a la otra premiada, la afgana Jamila Muhajed, la vicepresidenta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, y el líder del Partido Popular, Mariano Rajoy.

La falta de sueño que padece no se debe a la fiesta del premio. Cuando llegó al hotel la noche anterior, el *deadline* del perfil del embajador de Estados Unidos en Irak, que está escribiendo para *The New Yorker*, hizo que se quedara a escribir hasta las siete de la madrugada. Arrastra un dolor de muelas desde hace 15 días. Comenzó a dolerle cuando estaba en Bagdad, en los primeros días de noviembre. Acudió al dentista en Viena, tres días antes de llegar a Madrid.

**Pregunta.** *Qué prefieres que digan, ¿que eres escritor, periodista o corresponsal de guerra?*

**Respuesta.** Supongo que soy periodista con el ideal de ser escritor. Lo de escritor es una veta subterránea que, a veces, si se logra la inspiración para perforarla, se obtiene algo de creatividad que sirve para iluminar un poco el texto. Eso es lo que eleva el periodismo a otro plano. También he sido corresponsal de guerra. Lo soy cuando estoy en una guerra, pero no es como me defino. Soy un escritor y periodista que a veces va a la guerra.

- 12
- P.** *¿Por qué escribes?*
- R.** Porque es lo único que sé hacer. Es la forma en que plasmo los pensamientos. Entiendo el periodismo como una búsqueda de la verdad. Escribiendo es como me cuajan las ideas.
- P.** *¿Quieres decir que necesitas escribir para clarificar las ideas?*
- R.** No sé exactamente lo que pienso hasta que me siento a escribir. Puedo estar reportando durante semanas, pero trato de suspender las opiniones hasta que comienzo a escribir. Es cuando lucho conmigo mismo para que cristalicen las ideas. Cuando escribo es como si quitara un tapón entre el consciente y el subconsciente.
- P.** *En toda tu obra hay una búsqueda constante de referencias que muestran cómo ejercen el poder los poderosos.*
- R.** El poder afecta a la vida de millones de seres humanos, entre los cuales me encuentro. Lo que a mí me interesa es entender lo que es la esencia del poder y cómo hace cambiar a la gente. Es una de mis formas de explorar el mundo y comprenderlo.
- P.** *¿Cuál es la misión de un reportero en el siglo XXI?*
- R.** Los periodistas somos los únicos intermediarios entre el público, que no tiene poder, y los mandatarios, que sí lo tienen. Pueden ser políticos, empresarios o simplemente burócratas locales, que son los poderosos de nuestro tiempo. Ellos tienen un deber con los demás a cambio de ese poder que han obtenido y que deben ejercer bien. A mí siempre me han fascinado los que han obtenido el poder a través de la coacción o de las armas. Porque también es un síndrome de la historia. Me parece paradójico que los que logran el poder a través de la sangre logren la legitimación con el tiempo. Si uno mira atrás, los orígenes de la nobleza, por ejemplo, representan la conquista de una tribu a otra a base de cuchillo y hacha.
- P.** *¿Existe un método Anderson para hacer reportajes?*
- R.** Mi método es el fruto de una evolución bastante intuitiva y muy accidentada. La intuición es la clave. Trato de conocer los mundos que exploro y arrojarme con el pellejo ajeno para comprenderlos. No es un artificio. No es un acto de enmascaramiento. He de sentir curiosidad para poder hacerlo. A veces establezco una conexión intuitiva de mutuo acuerdo con la gente que intento comprender. Ellos se percatan de mi curiosidad y de mi sinceridad para comprender. Saben que no estoy sentado frente a ellos como si fuera un juez o un fiscal, aunque a veces se trata de gente que podría merecer eso.

- P.** *Dispones de una capacidad para ser próximo a otras personas que te debe resultar muy útil para relacionarte con la gente...*
- R.** En parte, creo que viene de mis padres. Ambos eran muy sociables. Mi madre era escritora y mi padre, que disponía de un gran magnetismo, era diplomático. Viajamos mucho y nos enseñaron a profundizar en las sociedades donde vivíamos. Ser feliz cambiando de país cada cierto tiempo requiere un esfuerzo para crear nuevas amistades y comprender el entorno. Mi familia no era una isla norteamericana que viajaba por todo el mundo. Al contrario, absorbimos cosas de todo el mundo. Tengo dos hermanas adoptivas, una es costarricense y la otra es china. Mi madre fue agregando las cocinas locales a lo que ella cocinaba. Los muebles, el arte... Al final de mi adolescencia, nuestro hogar era una mezcla de los cinco continentes. Eso me hizo crecer sin miedo a otras culturas porque me eran familiares. Caer como un paracaidista en otras culturas era casi una rutina. Más que un hábito, se convirtió en una patología [risas].
- P.** *Todo tu trabajo está basado en el viaje. Estar allí, donde suceden las cosas y, luego, escribir desde el mismo sitio.*
- R.** Si uno sale de la rutina para hacer un viaje, automáticamente comienza a pensar... Las rutinas convierten el mundo en blanco y negro para las personas. La tendencia humana es crear rutinas porque es más cómodo, pero yo prefiero la incomodidad de la sorpresa, porque así sé realmente lo que está a mi alrededor. El movimiento, el acto de viajar, hace que uno pueda recapacitar, sacudirse y enfrentarse a situaciones nuevas. Eso es saludable. La rutina me mata. Es como el agua, si tú la encierras, se estanca, se vuelve apesosa y ya casi no es agua. El agua limpia fluye y se renueva. Pero no desprecio a los que viven en la rutina. A veces añoro su existencia y los admiro. No sé que ingeniero me hizo así, pero no puedo cambiar.
- P.** *¿Cuántos países has visitado en 2005?*
- R.** Entre junio y septiembre he cruzado el Atlántico 18 veces. He estado dos veces en Irak, en Afganistán, en Cuba, en Venezuela, en Brasil y en Colombia, cuatro veces en España... Ha sido un año bastante loco, pero no muy distinto de otros.
- P.** *Orwell, un escritor al que admiras, cogió el fusil en la Guerra Civil española. ¿Se puede escribir sin tomar partido en un conflicto armado?*
- R.** Depende de cada uno y del tiempo y la circunstancia en que se vive. Si hubiera nacido en los años 30 y 40, me hubiera gustado hacer algo más en la lucha contra el fascismo que escribir. La guerra de Vietnam me hizo ser un poco incrédulo con la idea de pelear. Trato de no tomar partido. A veces tengo mis simpatías con un bando u otro, pero intento que no tiñan mi reportaje. He pasado años investigando en la vida del Che, pero

también he escrito un perfil de Pinochet y he intentado adentrarme en la vida de los pinochetistas. No quiero decir que fuera simpatizante, pero me interesó y puse el mismo rigor profesional en uno que en otro.

- P.** *¿Cuándo sabes que tienes suficiente material y que has terminado de hacer el reportaje?*
- R.** Soy muy perfeccionista y siempre creo que me falta material. Siempre estoy con la soga al cuello que ponen los editores de la revista a la hora del cierre. Es necesario, porque si no se sigue indagando hasta que la luna se vuelve azul. Siempre hay una persona más por entrevistar. En general, hay un momento de conclusión y me siento bien con el producto final. Hay epifanías durante el reporte. Son momentos en que estás hablando con alguien y dice algo que te hace como un “clic” en el cerebro. Muchas de las cosas que has escuchado antes se iluminan de repente. Uno va adquiriendo lo que yo llamaría ‘intuición instruida’. Los encuentros con las personas sirven para lograr algunas de sus verdades. Si consigues algunas de sus verdades es cuando sientes que has logrado lo que estabas buscando.
- P.** *¿Qué necesitas para escribir?*
- R.** Lo único que me hace falta es café y una silla cómoda. Con esas dos cosas puedo escribir en cualquier parte.
- P.** *¿Cuándo comienzas a escribir un reportaje?*
- R.** No escribo hasta que no he terminado de reportear. Tomo notas y a veces escribo escenas en mi mente, pero son como impresiones que no siempre entran en el artículo final. Los días en los que no consigo romper con el mundo, doy vueltas alrededor de la mesa hasta que corto los lazos con las cosas que me apetecería hacer en lugar de escribir. Cuando lo logro, entro como en un trance que me permite escribir durante todo el día. Esta noche, por ejemplo, he regresado al hotel a las 2 de la madrugada y he estado escribiendo hasta las siete. Estaba cansado, pero después de un rato se supera el cansancio.
- P.** *¿Eres rápido escribiendo?*
- R.** A veces rápido y a veces tortuosamente lento.
- P.** *¿Corriges mucho?*
- R.** En algunas ocasiones he perdido dos horas con una línea sin darme cuenta del tiempo que había pasado. Generalmente, esa línea es el meollo de todo. Si no construyo bien esa línea, no puedo continuar. Erica, mi mujer, observó, cuando escribía en casa *Guerrillas*, mi primer libro, que dejaba las manos en el aire sobre el teclado y tenía todo el cuerpo en tensión durante mucho tiempo. Ni siquiera me daba cuenta de que había entrado ella a traerme un café. Lo cómico es que terminaba dolorido después de

escribir durante todo el día. Era como si hubiera estado realizando ejercicio físico.

- P.** *Impartes talleres de periodismo. ¿Te gusta enseñar?*
- R.** El acto de escribir es muy solitario. El de reportear es muy egoísta, porque uno está con su cometido y no le interesan otras cosas. Enseñar me ayuda a salir de mí mismo y también a comprenderme. La gente deja de aprender después de ir a la universidad o al colegio. Es un error, porque compartir conocimientos es uno de los ejercicios fundamentales. En los talleres, no me considero un maestro. Creo que soy alguien que ha aprendido algunas cosas y le gusta compartirlas.
- P.** *¿La biografía del Che cambió tu vida?*
- R.** El Che fue una apuesta muy grande. Sabía que no podía fallar. En ese tiempo, dejé completamente el periodismo. Había escrito dos libros, pero el Che era un reto distinto. Estaba muy convencido de que era una buena idea hacerlo. La única duda era si podría subyugar mi vida a la de otro durante tanto tiempo. Nunca pensé en lo público o en lo comercial. Era, más bien, un rompecabezas del que dependía mi futuro y el de mi familia. El libro me dio madurez y me enseñó a ser más disciplinado y a tener paciencia.
- P.** *Eres un escritor admirado y envidiado por el trabajo que haces. Pocos periodistas pueden dedicar varios meses a escribir un reportaje. ¿Tu ejemplo puede servir a los jóvenes periodistas que salen de las facultades?*
- R.** Lo más importante es tener muy claro cuáles son tus prioridades. Lo económico nunca ha sido mi prioridad. De serlo, no hubiera seguido por este camino. La comodidad económica me ha venido sin buscarla. Me alegro, pero no me ha cambiado ni a mí ni a mi vida. El dinero es un medio no un fin. Agradezco lo que me da de más, pero he sido muy feliz con menos. Algunos de los momentos que más añoro en mi vida han sido los más difíciles. Nací con privilegios, pero no fui un chico con una cuchara de plata en la boca. Hice muchos trabajos. Mi padre, aunque me podía haber pagado todo, me incentivó en la ética del trabajo. Cortaba el césped de jardines a los 12 años para ganar algún dinero. Todo trabajo era digno de acuerdo a la ética de mi padre. Tuvimos sirvientes, pero nos obligaban a compartir los trabajos domésticos. He trabajado en carreteras con hombres rudos. He trabajado como carpintero en la construcción de casas, he sido guardia en una cárcel, he cortado tabaco, he lavado platos en restaurantes... Todas esas experiencias me han servido. Siempre he admirado a la gente que tiene un oficio que yo no conozco. Creo que es una excelente forma de llegar al periodismo.

- P.** *¿Qué opinas sobre el periodismo actual?*
- R.** Hay de todo. Con Internet y los *blogs* se tiende a la democratización. Los medios escritos están en una puja con los medios electrónicos. Ya hay una generación, tal vez dos, que están acostumbrados a recibir las noticias a través del *infotainment*, que es la mezcla que está generando la televisión entre la información y el entretenimiento. La televisión tiende a endulzar las noticias, a contarlas como historietas para que la gente pueda asimilarlas con más facilidad. A veces se bordea la manipulación. Por otra parte, el exceso de información nos inmuniza. En el problema de Irak, por ejemplo, todos los días escuchamos que ha estallado un nuevo coche bomba y ya no nos afecta. Si esas noticias las supiéramos con una semana de retraso o en la radio de la BBC, como en los años cuarenta, el impacto sería distinto. Asimilaríamos mejor las noticias si tuviéramos un tiempo para masticarlas y discutir las. Un mundo en permanente conflicto hace mucho más fácil la polarización, la fragmentación entre naciones y comunidades, y más fáciles las guerras, porque una vez que objetivas a alguien lo puedes matar.
- P.** *Trabajas para una revista que es un icono del siglo xx. ¿Te consideras un periodista del siglo xx o del xxi?*
- R.** De los dos. No veo una división.
- P.** *Hoy se celebra el trigésimo aniversario de la coronación del rey Juan Carlos, que fue el personaje que elegiste para hacer escribir tu primer perfil en The New Yorker en mayo de 1998. ¿Qué dificultades encontraste para realizar el trabajo?*
- R.** Para mí era un mundo totalmente desconocido. Me dejaron acceder a algunos actos oficiales donde pude observar al Rey, a la Reina, al Príncipe y a las Infantas. Quería conocer las ceremonias y el lenguaje corporal de la familia real y de los que les rodean. A la vez, indagué en la sociedad española. Por ejemplo, me entrevisté con amigos del Rey de diferentes etapas de su vida, con historiadores, con algunos personajes de la transición y con empresarios. Leí mucho sobre lo que había significado la figura del Rey para España, porque hasta cierto punto se produce una simbiosis entre la moderna concepción de los españoles de sí mismos con la vida del Rey. Tenía la intuición de que el poder del Rey iba más allá del papel representativo que le otorga la Constitución. El acercamiento al Rey no fue fácil. Pero lo logré y me sirvió para confirmar que no era un simple 'cortacintas'. Volví a Salobreña, donde estaba viviendo, y comenté con la editora que no comprendía la psicología de la nobleza. Era algo ajeno a mí. Entonces recordé que alguien me había hablado de que tenía un amigo barón que vivía en un castillo en Cataluña. Paré de escribir y me fui a verlo. El barón fue muy hospitalario. Me dijo que los descendientes de los vasallos se han convertido en propietarios que han transmitido sus propiedades a los primogénitos para evitar que se convirtieran en mini-

fundios. En 1998, un noble utilizaba el ejemplo de los primogénitos para explicarme que las tradiciones tenían sus ventajas. Utilizó esa parábola para hacerme ver que la monarquía podía tener un papel beneficioso en España.

**P.** *¿Cuánto tiempo empleaste para escribir el perfil del Rey?*

**R.** Dos meses.

**P.** *¿Que sucedió cuando se publicó?*

**R.** En el perfil, hay un episodio donde Aznar queda un poco en evidencia y recibe la ayuda del Rey. Moncloa se quejó ante el Departamento de Estado por la forma en que se había tratado este episodio en el perfil. Además, lo había comentado un ex embajador norteamericano. La respuesta del Departamento de Estado fue algo así como que en Estados Unidos hay libertad de expresión, un ex embajador es un ciudadano privado y puede decir lo que crea conveniente. La respuesta hizo que me sintiera mejor. El perfil nunca apareció publicado en España. La reacción me dejó desconcertado. A mí, tanto la Reina como el Rey me impresionaron como personas dignas y los traté con el debido respeto. Pero quizás en ese momento no se podía asimilar en España ese artículo. No por el Rey o por el público. La actitud de los directores de medios y la percepción de un círculo muy pequeño de que la democracia española era frágil, hacía que se censuraran noticias. Mi opinión era que la democracia no tenía ni remotamente la fragilidad que ellos creían.





# El Reino en España

*¿Ha logrado Juan Carlos de Borbón y Borbón que la monarquía sea imprescindible en España?*

Publicado en la revista *The New Yorker* el 4 de mayo de 1998

Por JON LEE ANDERSON

Corresponsal de la revista *The New Yorker*. Desde 1998 ha escrito perfiles sobre Gabriel García Márquez, Augusto Pinochet, Hugo Chávez, Saddam Hussein, el rey Juan Carlos y Fidel Castro, entre otras figuras internacionales, además de artículos sobre Cuba, Panamá, Liberia, Angola, Saõ Tome & Príncipe y el País Vasco.



EL BARÓN ME enseñó su vieja mazmorra, donde unos grilletes y unas esposas de hierro siguen estando firmemente sujetos en el muro de piedra. Después, salimos a uno de los balcones de su castillo. Debajo, se extendían los campos en forma de abanico y perfectamente cuidados de la propiedad. Había pequeñas parcelas delimitadas por muros de piedra que pertenecían a los antiguos vasallos de su familia. El barón me explicó que desde los últimos 170 años —cuando se abolieron los señoríos o tierras feudales— los descendientes de los vasallos han sido propietarios de terrenos, aunque siguen la tradición del primogénito, tal y como hace el barón. El primer hijo recibe toda la herencia, para evitar así la división de las tierras. “¿Ve?”, comenta sonriendo, “algunas tradiciones, las más prácticas, todavía hoy sobreviven. Son las más útiles”.

Entramos para beber algo y nos sentamos en unos sillones frente a la chimenea. La habitación estaba elegantemente decorada con retratos enmarcados en plata de sus anteriores y actuales amigos: el rey italiano exiliado Víctor Emmanuel, el rey Zog de Albania, los Grimaldi de Mónaco, el Generalísimo Francisco Franco. El barón me habló de su familia, que recibió su título nobiliario hace cientos de años. En el siglo xix eran carlistas, oponentes a la reina Isabel II, cuyo derecho a gobernar le disputó su tío, Don Carlos. La causa carlista llevó a tres guerras civiles en el xix y siguió siendo un terreno de disputas hasta bien entrado el siglo xx.

Ahora ya es una vieja historia, aseguró el barón; su familia hizo las paces con el actual rey, Juan Carlos I, tataranieto de la reina Isabel II. “Gracias a Juan Carlos tenemos una monarquía después de todo”, puntualizó. “Y merece el mayor de los respetos por garantizar que la transición a la democracia se realizara sin derramamiento de sangre; ¡en un país en el que nos gusta tanto la sangre!”.

Unos días después estaba en Barcelona, hablando con un funcionario, ex alto cargo del Gobierno socialista, en una oficina situada en una torre de cristales tintados. “Puede sonar ridículo, pero soy absolutamente leal a la Corona”,

afirmó. “Y tengo un gran amor y respeto por el Rey. Incluso si supiera algo de él que pudiera criticar, no lo haría”.

En su oficina, llena de piezas de arte moderno, el tecnócrata socialista coincidía con el barón: Juan Carlos de Borbón es algo bueno. En 1975, cuando Franco murió y el Rey accedió al trono, España era una nación atrasada y aislada, gobernada 40 años por un régimen con leyes muy estrictas de censura, que ilegalizó el control de natalidad y los partidos y ejecutó a presos políticos. Hoy en día, es una nación tolerante, próspera y con una democracia que funciona. “Imagine”, dice Salvador Giner, un académico catalano-vasco, decano de la Facultad de Sociología de la Universidad de Barcelona. “Durante 40 años tuvimos a Franco, un pequeño dictador fascista, con un sombrero con borlas, que no hablaba ninguna lengua extranjera y que tampoco viajaba al extranjero. Después, llegó Juan Carlos. Es alto, guapo, habla varias lenguas, y también tiene buen pedigrí —mejor que el de la reina de Inglaterra, que descende de una rama secundaria de la realeza alemana—”. Para ilustrar su descripción se rasca la nariz: “Él tiene la gran nariz de los Borbones y” —estirando su labio inferior— “los labios de los Habsburgo”.

En distintas salas del Museo del Prado, en Madrid, hay varios retratos de Goya en los que aparece el antepasado de Juan Carlos, Carlos IV, un Borbón que se ganó la ignominia para siempre por entregar España a Napoleón en 1808. En uno de los cuadros, el Rey está rígido y pálido, parece severo e incómodo, viste una levita carmesí y una peluca. Sus fajines de seda y las medallas denotan su elevado cargo. El efecto dista mucho del que produce Juan Carlos, delgado y de tez morena, a quien le gusta tripular su propio barco y tiene una colección de motos. El parecido, sin embargo, es importante. Hay, desde luego, un “look borbónico”: una frente despejada, una nariz amplia y gorda y un mentón protuberante.

Pensaba en el retrato de Goya mientras seguía los pasos de Juan Carlos durante una recepción celebrada en Madrid a principios de este mes. Se conmemoraba el centenario del Colegio de Médicos de Madrid. Se había celebrado una ceremonia, en la que el Rey había pronunciado un discurso y se le había obsequiado con una medalla de oro. Él y su mujer, la reina Sofía, se paseaban entre la gente y los camareros, que llevaban bebidas y carritos con entremeses. El Rey y la Reina tomaron rutas separadas, sonriendo y hablando animadamente. Juan Carlos tiene el cuerpo ágil de un atleta, pero noté que tiene poco pelo y su papada y mejillas están ligeramente caídas, propias de un hombre que está envejeciendo. Tiene 60 años.

Cuando nos presentaron, el Rey fue increíblemente atento. Después de las preguntas de rigor, me preguntó dónde había aprendido español. Le expliqué: “En Latinoamérica, sobre todo, su Majestad, y más recientemente en Cuba, que es un lugar muy interesante. Creo que usted no ha estado nunca”.

La posibilidad de un viaje del Monarca a Cuba era un tema tenso en Madrid por aquellos días, y se discutía ampliamente en la prensa española. Este año es el centenario de la guerra hispano-americana, en la que España perdió prácticamente todo lo que quedaba de su imperio. Si el Rey visitara Cuba, aseguran fuentes de la Casa Real, convertiría el viaje en un acto de reconciliación entre los dos países, como ocurrió con una visita en febrero a Filipinas, otra colonia perdida en la guerra de 1898.

España ha tenido una relación relativamente buena con Cuba desde principios de la década de los ochenta, cuando el PSOE asumió el Gobierno. Pero en 1996, los socialistas perdieron las elecciones ante el conservador Partido Popular. El nuevo presidente del Gobierno, José María Aznar, entró en una guerra de poder con Castro, quien rechazó al nuevo embajador español en La Habana. Después, Aznar se negó a nombrar a nadie más. A principios de marzo, Castro invitó en público al Rey a visitarle, y Aznar lo tomó como un insulto. Al parecer, creyó que Castro intentaba desacreditarle.

Al principio, Juan Carlos no respondió a mi comentario sobre Cuba, movió la cabeza, como si fuera a irse, pero se volvió, se inclinó hacia mí y en tono bajo me comentó: “Acabo de mandar a Castro una carta a través de su embajador. Le he pedido que deje de tirarme flores, de halagarme y de invitarme de forma tan directa. Crea problemas. Él sabe que para invitarme debe hacerlo a través del Gobierno, y primero, el Gobierno debe nombrar un embajador. Incluso Felipe [el ex presidente del Gobierno, el socialista Felipe González], quien no está precisamente de acuerdo con el actual Gobierno, cree lo mismo. Cuando le vi, el otro día, me dijo: “Castro lo sabe de sobra. ¡No debería hacer esto!”.

Sorprendido tanto por la forma de hablar del Rey como por su trato cercano, le respondí que esperaba que Su Majestad, después de todo, pudiera ir a Cuba. ¿Creía él que sería posible?

“Oh, sí”, replicó el Rey. “Tan pronto como el Gobierno nombre un embajador, *it will be fine* [todo irá bien]”. Las últimas palabras las pronunció en un impecable inglés.

Después, insistiendo en que el Rey “no debe dar opiniones políticas”, una de sus ayudantes aseguró inquieta que nuestra conversión era *off the record*. Argumentó que si se ponían esas palabras en la boca del monarca “podrían crear un conflicto diplomático entre España y Cuba”. El problema, de todas maneras, no parecía venir de Cuba, sino más bien del propio Aznar. “Hay mucha gente que desea ir a Cuba”, aseguró cortante el presidente del Gobierno durante una entrevista radiofónica el día después a la recepción. El Rey irá a Cuba cuando “toque”.

La irritación de Aznar y el astuto gesto de Castro ilustran la frágil naturaleza de las relaciones entre un Rey muy popular y un Gobierno elegido democráticamente. A pesar de que Juan Carlos está formalmente limitado por la

Constitución Española para desempeñar una serie de funciones públicas simbólicas —ratificar leyes, convocar elecciones, acreditar embajadores, etcétera— y a pesar de las afirmaciones de su equipo de que él está “por encima de la política”, tiene, aunque sea difícil de cuantificar, una gran influencia política.

La Constitución le define como “el Jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia, arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones”. La descripción está abierta a varias interpretaciones, y el Rey ha desarrollado un estilo que parece ser bastante efectivo. Por ejemplo, tiene audiencias diarias con políticos, empresarios, periodistas, académicos y oficiales militares en su residencia del palacio de La Zarzuela, situada a las afueras de Madrid. Las audiencias le permiten dar pequeños consejos, así como recoger las diferentes opiniones. John Brademas, un ex congresista por el Estado de Indiana, y que ahora trabaja en el Centro Juan Carlos I de España de la Universidad de Nueva York, habla sobre una comida que tuvo con el Rey, y cómo, cuando mencionó el nombre de un empresario, Juan Carlos “arrugó su nariz”. Es todo lo que tenía que hacer. “Es un rey que te hace saber cómo se siente”, explica Brademas.

Se llega a La Zarzuela por una autopista un poco congestionada que sale del norte de la ciudad, pasado el palacio donde reside el presidente del Gobierno. Una salida, al otro lado de una ronda un tanto enrevesada, lleva a una garita y a una carretera que atraviesa un pequeño bosque de encinas y pinos, donde pastan grupos de ciervos y en ocasiones algún jabalí. La casa real es un edificio de pocas plantas, de ladrillo rojo y piedra, que domina los montes del Pardo. Más abajo, hay un anexo para el personal. Está unido al palacio a través de un corredor subterráneo cubierto de cristales donde están cuidadosamente expuestos los barcos de la colección privada del Rey.

La jefa de prensa de la Casa Real, Asunción Valdés, tiene una oficina en el anexo. Valdés se expresa de forma alegre y optimista, y sonríe mucho. Una buena parte del personal habla de la misma manera. Es como si hubieran adoptado el conocido tono afable del monarca. “El Rey trata al jardinero del palacio con la misma naturalidad con la que se dirige a un Jefe de Estado”, enfatiza Valdés. “Tiene el don de hacerse con la gente. Te da confianza y hace que la gente se sienta cómoda con él”. Valdés trabaja como jefa de prensa de la Casa Real desde 1993, cuando hubo una gran renovación del personal del Palacio. Fue justo después de que el Rey concediera una serie de entrevistas que no fueron bien acogidas por la opinión pública. Un diplomático extranjero describe el trabajo de Valdés como mantener “el frente de Verdún” alrededor de Juan Carlos.

“La Zarzuela difícilmente puede llamarse un palacio”, indica ella. “Realmente es una *casa grande*. El Rey vive aquí de manera muy normal. Podía haber escogido cualquiera de los otros palacios reales, que son mucho más amplios y lujosos, pero no. Sus Majestades aseguran que quieren vivir en un lugar de dimensiones humanas”. En el césped que se ve fuera de una de las habitaciones privadas hay una escultura de piedra marrón del artista vasco Eduardo Chillida,

que, como indica Valdés, se parece a un trono. Ella me recuerda que Juan Carlos es un monarca que nunca “se ha puesto su corona, ni se ha sentado en un trono”. La figura, explica, es lo más parecido que tiene, “un trono simbólico”. El lema de Juan Carlos es “la Corona debe ganarse todos los días”, y sus amigos y empleados repiten la frase con regularidad. “Las encuestas de aprobación pueden ser favorables, pero no debemos dejar de trabajar”, dice Valdés. Abre una gran carpeta con el sello real. Examina un apartado titulado ‘Lugares visitados’, que recoge todas las ciudades que han recorrido cada uno de los miembros de la familia real, y si el objeto del viaje ha sido por motivos sociales, educativos, económicos, culturales o militares. “Aquí vemos, por ejemplo, que no han visitado mucho esta ciudad, así que debemos ir pronto”, exclama.

Juan Carlos parece tener un talento particular para controlar su imagen. “Este rey no es idiota”, resalta Baltasar Porcel, director del Instituto Catalán de Estudios Mediterráneos, y quien ve periódicamente al Monarca durante las audiencias. “Su simplicidad es muy real, pero al mismo tiempo está muy calculada”. Siguiendo su política de crear “una monarquía moderna”, Juan Carlos no se ha aislado, ni se ha creado una corte real. Esto ha causado malestar entre algunas de las viejas familias de la nobleza española, quienes tradicionalmente disfrutaban de sinecura y de acceso especial al monarca. “El hecho de que no haya creado puestos tradicionales, como Proveedor de la Casa Real, o Peluquero Oficial del Rey, ha significado que los Grandes le detestan”, dice Joan Fontfreda Puig, un noble catalán. “El Rey es más popular entre la gente del pueblo que entre la aristocracia”, añade.

Juan Carlos no fue siempre tan popular, ni se creyó que tuviera inteligencia política. De hecho, cuando fue coronado, se le caricaturizaba como a una marioneta militar poco brillante. Todo el mundo creía que no duraría mucho. Chistes acerca de Juan Carlos ‘el Breve’ eran habituales.

El abuelo paterno de Juan Carlos, el rey Alfonso XIII, se marchó de España de forma ignominiosa, cuando fue declarada la República. Alfonso fue despojado de su ciudadanía y se le incautaron todas sus propiedades. En el exilio, primero en París, y después en Roma, vivió una vida de *playboy*, mujeriego, era aficionado al juego y a la caza. Su mujer, la reina Victoria Eugenia, de origen británico y nieta de la reina Victoria, le dejó pronto.

La República cayó en 1939, y Franco se proclamó Caudillo de España. No quiso compartir el poder con los Borbones, y éstos permanecieron en el exilio. Juan Carlos, que nació en Roma en 1938, se trasladó con sus padres a Suecia y después a Portugal. En 1941, poco antes de su muerte, Alfonso XIII abdicó a favor de su hijo, el padre de Juan Carlos, Don Juan.

Juan Carlos visitó España por primera vez en 1948, cuando tenía 10 años. Fue el resultado de un acuerdo pactado entre Franco y su padre durante una reunión en el yate del Caudillo, anclado cerca de la costa norte española. Franco propuso a Don Juan que permitiera a Juan Carlos completar su educación

en España. El Caudillo creyó, evidentemente, que de esta manera evitaría una alianza entre los monárquicos y los socialistas del exilio, y neutralizaba a Don Juan, quien vería la invitación de Franco como una puerta abierta a una Restauración borbónica. Don Juan aceptó.

Juan Carlos pasó su juventud estudiando en colegios especiales o enclaustrado en palacios, donde se le enseñaba de forma privada y estaba vigilado por guardianes, que informaban tanto a Don Juan como a Franco, dependiendo de sus lealtades. No era un estudiante muy brillante, pero era buen deportista, era un compañero de clase afable, aunque un poco pasivo. Acudía con periodicidad al palacio del Pardo, donde Franco le trataba como a un nieto. En su primer encuentro, le regaló al chico una pistola; es de suponer que sus primeros recuerdos del Caudillo sean buenos. Durante las vacaciones visitaba a su familia en Portugal.

Don Juan y Franco se reunieron otras dos veces para discutir el futuro del Príncipe. En ambas ocasiones prevalecieron las opiniones de Franco. En lugar de estudiar en Bélgica, como quería su padre, Juan Carlos fue enviado a academias militares españolas. Su hermano pequeño, Alfonso, estuvo de cadete con él, y en 1956, cuando ambos visitaban a sus padres ocurrió un terrible accidente. Los chicos estaban jugando con una pistola y se disparó. Alfonso fue herido en la cabeza y murió al instante. Después de aquello, Juan Carlos se encerró en sí mismo durante meses y nunca ha hablado del incidente en público.

Juan Carlos acudió a la universidad en Madrid durante dos años. En 1962, cuando tenía 24, se casó con la princesa Sofía de Grecia. Era la hija germano-griega de Pablo I de Grecia y de Federica de Hannover. Era un buen matrimonio para el futuro Rey de España. Como Juan Carlos, Sofía era descendiente directa de la reina Victoria, y también del káiser Guillermo II. Se establecieron en La Zarzuela, que había sido un palacio real de caza. El edificio había quedado muy dañado durante la Guerra Civil, pero Franco lo restauró y lo puso a punto especialmente para ellos. Pronto tuvieron tres hijos: dos chicas, Elena y Cristina, en 1963 y 1965, respectivamente; y después un chico, en 1968, un heredero, Felipe.

Juan Carlos se dio cuenta de que Franco no permitiría a su padre acceder al trono. El Caudillo dejaba caer que favorecía a Juan Carlos como su posible sucesor, pero también se aseguró de que Juan Carlos se sintiera inseguro acerca de su futuro. Mucho antes, en 1952, Franco había guardado otra baza frente a Juan Carlos invitando a su primo, Alfonso de Borbón-Dampierre, a estudiar a España. Con los años, los primos rivales habían logrado una serie de aliados políticos que defendían sus causas. Varios amigos aseguran que por aquel tiempo, cuando Juan Carlos andaba en la veintena, tenía muy clara su herencia dinástica. Quería ser Rey.

En 1972, Alfonso se casó con la nieta de Franco. La posición de Juan Carlos, sin embargo, se había reforzado de forma considerable tres años antes

cuando el Caudillo le convocó en El Pardo y le anunció su intención de nombrarle su sucesor, “con el título de Rey”. ¿Aceptó? Tal y como Juan Carlos ha contado la historia desde entonces, Franco le pidió una respuesta inmediata, y no tuvo oportunidad de consultarlo con su padre.

Hay una versión alternativa de esta historia, como ocurre con muchos de los episodios cruciales de la vida del Rey. “¡Así no fue como ocurrió!”, dijo riendo el barón que me había enseñado su castillo. “Durante años le había pedido a Franco que le nombrara su sucesor, y cuando Franco lo hizo, tuvo que inventarse una excusa de por qué no se lo había dicho a su padre antes de aceptar”.

Tres semanas después de que Franco le hiciera la propuesta, el Príncipe comparecía ante las Cortes para jurar lealtad a su propia persona y a su régimen. Pasaron meses antes de que Don Juan accediera a hablar con su hijo, y, según algunos de los mejores amigos de Juan Carlos, la relación entre padre e hijo no se normalizó hasta varios años después. De acuerdo con la descripción de Asunción Valdés, “la relación entre el Rey y su padre era algo parecido a una tragedia de Shakespeare”.

Don Juan no renunció formalmente al trono hasta 1977, más de un año después de la muerte de Franco y de que su hijo fuera coronado. Por entonces, el nuevo Rey de España se había mostrado como una caja llena de sorpresas. Destituyó al presidente del Gobierno, el derechista Carlos Arias Navarro, y en su lugar nombró a un joven político reformista llamado Adolfo Suárez. Las Cortes franquistas fueron disueltas y se convocó un referéndum para aprobar una ley de reforma política, que fue aceptada por una mayoría abrumadora. Los partidos políticos fueron legalizados, y en junio de 1977, Juan Carlos convocó elecciones generales. Adolfo Suárez salió elegido presidente del Gobierno. En 1978, cuando fue aprobada una nueva Constitución, España se convirtió en una monarquía constitucional con un sistema democrático.

La nueva Constitución despojó a Juan Carlos de los amplios poderes que había heredado de Franco. Sin embargo, en la Carta Magna, se incluyó un punto que para él —nacido en el exilio, hijo de un rey sin corona y nieto de un rey que se vio forzado a marcharse de su país— podría ser más importante: “La Corona de España es hereditaria en los sucesores de S. M. Don Juan Carlos I de Borbón, legítimo heredero de la dinastía histórica”.

Ahora el heredero legítimo es el príncipe Felipe, quien cumplió 30 años el pasado enero. Es alto, atlético y elegante. Tiene un máster en Relaciones Internacionales por la Universidad de Georgetown, en Washington. Recientemente, ha empezado a realizar más apariciones públicas y a asumir algunas de las tareas propias de su padre. Una de sus actividades ha sido acudir a la ceremonia inaugural de la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. En marzo, encabezó una amplia delegación de empresarios en Japón.

El príncipe Felipe es uno de los solteros más cotizados de Europa, y las revistas del corazón especulan frecuentemente con la identidad de sus novias o con las posibles candidatas a esposa. Hace poco, se le ha relacionado con la archiduquesa de Austria Catalina de Habsburgo, pero hasta el año pasado todas las historias giraban en torno a su presunta relación con una joven americana, Gigi Howard, a quien había conocido en Georgetown. Se cuenta que la relación terminó por orden de la reina Sofía, de quien se dice que quiere que su hijo se case con alguien de la realeza europea.

La cobertura mediática de la familia real en España es abrumadoramente positiva, y los medios no suelen entrometerse en sus vidas privadas. A veces, aparece en la prensa amarilla alguna historia sobre las supuestas amantes del Rey. Periodistas españoles de prestigio e, incluso, políticos amigos de Juan Carlos, confirman, *off the record*, las historias acerca de una larga relación con una mujer en Palma de Mallorca, y relaciones más cortas con otras mujeres. Aunque todos dan poca importancia a sus hábitos sexuales. “La relación entre Mónica Lewinsky y Clinton no tendría segundas lecturas en España. Aquí, este tipo de cosas se consideran un asunto privado”, explica Xavier Batalla, periodista de *La Vanguardia*. Reconoce que existe “un pacto de silencio en los medios para no escribir sobre los temas personales del Monarca... No está escrito. Nadie me ha dicho nada. Tal vez sé algo, pero no voy a escribir sobre ello. Nadie me tiene que decir lo que tengo que hacer”. Batalla defiende su autocensura asegurando que “la rumorología” acerca de la vida privada del Rey “está motivada por intenciones que tratan de dañar la solidez de la monarquía”.

La lealtad y la peculiar defensa que inspira el Rey, incluso por parte de unos medios relativamente libres, emana de las circunstancias de la historia moderna española. La Guerra Civil dividió a España en dos hace tan sólo 60 años. Fue un episodio brutal, incluso dentro de los estándares de la brutalidad del siglo xx. Murió un millón de personas. Después de la caída de la República, Franco impuso un estado policial represivo, en el que los disidentes políticos eran torturados y golpeados hasta la muerte. A principios de la década de los 70, cuando Juan Carlos se preparaba para acceder al trono, tuvo lugar una campaña de desestabilización y violencia política. En diciembre de 1973, el grupo vasco separatista ETA asesinó con un coche bomba al presidente del Gobierno de Franco, el mejor aliado de Juan Carlos, el almirante Luis Carrero Blanco.

Juan Carlos se erigió como el baluarte contra el caos político en la noche del 23 de febrero de 1981, cuando altos mandos de la Guardia Civil entraron armados en las Cortes y tomaron como rehenes a los diputados. El líder del intento de golpe de Estado insinuó que el Rey les apoyaba. Sin embargo, cuando horas más tarde el Monarca apareció en televisión vistiendo su uniforme de capitán general de las Fuerzas Armadas españolas y apeló a la defensa de la democracia, la intentona de derribar al Gobierno fracasó. El Rey había terminado con una era de intervención militar en la política española.

Hay escépticos que se cuestionan lo que ocurrió durante las siete horas que trascurrieron desde el asalto del Parlamento hasta la aparición del Rey. La versión oficial cuenta que estuvo en todo momento al teléfono dando instrucciones a sus partidarios. Los escépticos aseguran que no tomó partido. Lo que nadie pone en duda es el extraordinario sentido del Rey de lo que es su trabajo político. Como Asunción Valdés asegura con admiración, “sabe por dónde sopla el viento”.

Los poderes de Juan Carlos aumentaron con una reorganización de la estructura política de España. De alguna manera nadie lo previó, y su inmediato apoyo a la devolución limitada de poderes desde Madrid a las regiones históricas —como Cataluña, País Vasco y Galicia— incrementó su influencia. Desde 1982, España se divide en 17 comunidades autónomas. “El Estado español es muy débil, debido a las autonomías, y esto es lo que hace que el papel de la monarquía sea tan importante”, explica Charles Powell, un historiador anglo-hispano y consejero del Parlamento español. “El Rey es la única figura genuinamente nacional en un país con un déficit inusual de símbolos nacionales. En España hay menos fiestas nacionales que en otros países europeos y el himno se escucha en muy pocas ocasiones”.

Cataluña, con su capital Barcelona —una rival tradicional de Madrid—, ilustra la relación del Rey con las comunidades autónomas. Xavier Roig, un socialista que trabajó como consejero de Pasqual Maragall, ex alcalde de Barcelona, recuerda que él y sus compañeros trataron de involucrar a Juan Carlos en sus actividades cuando ganaron más poder a principios de los ochenta. “Imagine”, dice, “por entonces todos éramos muy jóvenes y tomamos posesión de nuestros cargos como izquierdosos. Pero enseguida nos dimos cuenta de que para ser eficientes debíamos seguir las normas de protocolo de la monarquía. Por ejemplo, en nuestros boletines internos escribíamos notas como: ‘Creo que sería apropiado invitar a S.M. el Rey a esta actividad’. El “S.M.” era un esfuerzo consciente. Sabíamos que debíamos reforzar el papel de la monarquía para que no virara a la derecha”.

El presidente de la Generalitat catalana, Jordi Pujol, que pide una mayor independencia para la región dentro de una Europa cada vez más integrada, tiene una relación especial con el Monarca. La idea es que Cataluña juraría lealtad a la Corona como símbolo no unificador, y la relación con España sería más parecida a una confederación. Pero, como puntualiza Charles Powell, “si las autonomías piden una relación especial con la Monarquía, crearía problemas con el Gobierno central”.

Muchos catalanes creen que existió algo llamado ‘Operación Cristina’, que pretendía fraguar un vínculo directo entre Cataluña y la familia real. La infanta Cristina trabaja en Barcelona, en la Fundación La Caixa. Un catalán cercano al Monarca niega la existencia de la ‘Operación Cristina’, aunque reconoce

que “la presencia de la Infanta en Barcelona no es casual. No estuvo planeado, pero parece que es útil”.

El pasado octubre, Cristina contrajo matrimonio con Iñaki Urdangarín, un jugador profesional vasco de balonmano. “El Rey sabe cómo repartir cosas simbólicamente”, afirma Salvador Giner. Una hija se casa con un vasco en Cataluña, a la otra —Elena— le concede el título de Duquesa de Lugo, que está en Galicia. Felipe es el Príncipe de Asturias”. Baltasar Porcel añade que cuando el Monarca visita Cataluña da sus discursos intencionadamente una parte en catalán y otra en castellano. “El hecho de que el Rey hable catalán cuando nos visita hace más difícil a los españoles atacarnos”.

Cuando José María Aznar derrotó a Felipe González en las elecciones de 1996, tuvo que pactar con los partidos catalanes y vascos para ser elegido presidente del Gobierno. Cuando las conversaciones parecían no dar sus frutos, Juan Carlos intervino. “El Rey agarró el teléfono”, cuenta Richard Gardner, embajador de EEUU en España entre 1993 y 1997. “Llamó a Aznar, Pujol y Arzalluz y dijo ‘España no puede resistir un periodo largo de incertidumbre. Haced que funcione. Estaré vigilando’”. Según Gardner, la presión del Monarca precipitó los acuerdos y se cerraron poco después. A cambio de concesiones importantes, Aznar logró los votos suficientes para ser elegido presidente del Gobierno.

Cuando Aznar realizó su primera visita oficial a EEUU, el Monarca, de nuevo, le allanó el camino. Unas semanas antes, durante una visita a Nueva York, Juan Carlos había invitado a Gardner a cenar. “Me llevó al restaurante de Plácido Domingo”, recuerda. “Me expresó su deseo de que se hiciera todo lo posible para ayudar a Aznar. Me explicó que era su primera visita a EEUU y que carecía de experiencia. Después me pidió, o más bien insistió, en que estuviera Madeleine Albright cuando viniera Aznar. Insistió en que le escribiera una nota que él me dictaría. Le recordó a ella que había sido profesora del príncipe Felipe en Georgetown. Poco después, vi a Madeleine. Me dijo: ‘¡Querido, se supone que debo ir a Moscú!’ Al final retrasó el vuelo para poder ver a Aznar”.

Durante la ceremonia de inauguración del nuevo Centro Juan Carlos de la Universidad de Nueva York, Gardner vio como el Rey le daba un sobre a Hillary Clinton, que había ido a Washington especialmente para asistir al acto. “Después leí la carta”, cuenta Gardner, “en ella, el Rey pedía a Clinton que llegara a España dos días antes de la Cumbre de la OTAN en Madrid para ir con él a Palma de Mallorca. En la parte superior, Clinton había escrito “HRC”—como el presidente suele referirse a Hillary— “cree que es una gran idea. Hagámoslo”.

La idea, según el ex embajador, era que los Clinton descansaran y se relajaran en el yate del Rey, el *Fortuna*. “Una semana antes de la visita”, indica Gardner, “un reportaje publicado en *ABC* detallaba los planes de los Clinton y mencionaba que Aznar y su esposa también estarían en el barco. Esto me sorprendió y decidí enterarme de lo que ocurría”. Gardner explica que la Casa

Blanca estaba tan sorprendida como él de que Aznar estuviera invitado al yate. Clinton no quería tener un encuentro con el presidente del Gobierno español previo a la Cumbre. “La Casa Blanca me pidió que le dijera a la Casa Real que era mejor si Aznar no acudía a Palma de Mallorca”.

Gardner cumplió, pero la reacción del vizconde Fernando Almansa, jefe de la Casa Real, fue tajante. “Me dijo, ‘Es el yate del Rey, y el Rey invita a quien quiere’. Yo contesté: ‘Sí, lo entiendo’. Comenté en la Casa Blanca que era mejor dar por zanjado el tema. Al final, todos navegaron durante cinco horas: la familia real, el matrimonio Clinton, Chelsea y el matrimonio Aznar. Poco después en Madrid, mientras íbamos en la limusina presidencial, le pregunté a Clinton cómo había ido todo. Me contestó: ‘¡Fantástico! Durante cinco horas el Monarca, el presidente del Gobierno y yo hemos discutido sobre qué clase de mundo queremos para nuestros hijos’. Le pregunté quién traducía. ‘¡El Rey!’, contestó. Así que Aznar estuvo con Clinton durante cinco horas, algo que muy pocos jefes de Estado o de Gobierno extranjeros logran. Y no se hubiera producido de no ser por el Rey”.

El mes pasado, cuando los comentarios acerca del posible viaje del Rey a Cuba llegaban a su punto álgido, el presidente Aznar fue acusado de tener “complejo de inferioridad” ante las habilidades diplomáticas del Rey. “Es difícil ponerse a la altura del Monarca”, dice un alto asesor del Gobierno. “Habla varias lenguas, ha conocido a todos los presidentes estadounidenses desde John Fitzgerald Kennedy. Su experiencia es muy importante. ¿Quién es Aznar?”.

La tarea del Rey como promotor de España en el extranjero ha resultado especialmente satisfactoria. A primeros de abril, Aznar sabiamente dio marcha atrás en el tema de Cuba y nombró un nuevo embajador. Así, facilitaba el viaje del Rey a La Habana. En la primera visita del Rey a Latinoamérica, en 1976, Juan Carlos fue recibido por niños en las calles de Bogotá al grito de “¡Nuestro Rey ha vuelto!”. Durante buena parte de este siglo, España tuvo dificultades para venderse al exterior. Pero su transición a la democracia es muy admirada en los países latinoamericanos, que tratan de sacudirse sus propias dictaduras. La influencia política española a través de la Unión Europea y la OTAN hace al país incluso más atractivo. Un 60% de la inversión privada española en el extranjero, que suma unos 17 mil millones de dólares, se realizó en Latinoamérica durante los primeros ocho meses de 1997. La inversión española en Cuba es ahora tan visible que los propios cubanos bromean con que España trata de “reconquistar” la isla que perdió hace 100 años.

España tiene ahora una economía más fuerte que cuando Juan Carlos accedió al trono. En 1975, cuando tomó posesión de su cargo, el producto interior bruto era de 40.000 millones de dólares. Ahora alcanza casi los 500.000 millones. La Bolsa subió varias veces a principios de abril, y aunque sigue teniendo una tasa alta de paro, España es uno de los primeros países de la UE que

ha logrado cumplir los objetivos de Maastricht para introducir el euro, previsto para el año que viene.

Una cosa que no ha cambiado mucho en España, a pesar de todo, es la manera de hacer negocios. El robo de fondos públicos, los sobornos, el nepotismo y la corrupción en general están a la orden del día. Una de las razones por las que el Partido Socialista de Felipe González perdió las elecciones de 1996 fue porque se vio envuelto en una serie de escándalos. Hasta hace poco, el Rey no se vio involucrado en ello. La Constitución dice que “la persona del Rey es inviolable y no está sujeta a responsabilidad”. Los medios españoles siempre han sido muy cuidadosos en no publicar alguna historia que le pueda implicar en un escándalo.

Las finanzas de la familia real son un tema muy delicado dentro de una vida cuidadosamente protegida. Políticos, historiadores reales, biógrafos y periodistas que siguen a la familia real recalcan que “no es una familia rica”. Insisten en que los Borbones perdieron sus posesiones cuando Alfonso XIII salió de España. Durante el largo exilio, algunas familias nobles españolas entregaban mensualmente cantidades de dinero a Don Juan y su familia para su manutención. Las propiedades de la familia real, si es que tienen alguna, no son del dominio público. El chalet que usan habitualmente en los Pirineos es un préstamo de una estación de esquí, mientras que La Zarzuela y Marivent, la residencia de verano en Palma de Mallorca, pertenecen a Patrimonio Nacional. Él recibe del Estado unos siete millones de dólares al año, con los que paga parte de su manutención, los salarios de los empleados de La Zarzuela y los impuestos.

No suele hablarse de los asuntos financieros del Rey. Aunque esto cambió en 1992, cuando se descubrió que el Monarca “había desaparecido” unos días. Los periodistas preguntaron al presidente González dónde estaba y contestó que no lo sabía. Apareció en Suiza, aunque parece que aprobó una ley como si hubiera estado en Madrid. Los medios comenzaron a especular sobre los motivos de su viaje. “Al parecer estaba con una mujer”, explica Albert Montagut, director de la edición de *El Mundo* en Cataluña. Era la primera vez que se publicaba algo negativo sobre Juan Carlos, y dejaba la puerta abierta a un mayor escrutinio. “Desde entonces tuvo que andar con pies de plomo”, indica Montagut.

Lo que hace al Rey ser más vulnerable es su posible papel como persona que puede usar su influencia en beneficio de otros o para él mismo. Entre sus más firmes defensores, cualquier atisbo de que pueda haber estado envuelto en asuntos poco éticos para su propio beneficio es rechazado tajantemente. Otros sugieren que, si de algo es culpable, es de ser muy afable: como Rey corre el riesgo de juntarse con amigos que sólo buscan beneficios con su amistad. Algunos admiten que, en cualquier caso, esto puede que no sea del todo cierto. “Juan Carlos probablemente gana dinero cuando abre paso a ciertas personas”, indica un diputado veterano, quien puntualiza que “reunir a personas a cambio de una comisión” es común entre la realeza europea.

“El asunto del dinero es importante”, dice Charles Powell. “En los años ochenta, cuando mucha gente amasaba dinero rápidamente, el Rey sintió que se quedaba fuera de juego, así que pidió a varias personas que invirtieran por él. Uno deduce que es así como empezó su amistad con Mario Conde”. Conde era el presidente del banco Banesto y una figura muy importante dentro del mundo financiero del *boom* de la década de los ochenta. En marzo fue enviado a prisión para cumplir una condena de cuatro años y medio por malversación de fondos. También está acusado de otros delitos financieros y está a la espera de juicio. Antes de su caída en desgracia, en 1994, era una figura muy cercana a Palacio, y se rumoreaba que por lo menos había realizado una operación económica con el Rey.

Si se pregunta a Baltasar Porcel, columnista de opinión de varios periódicos y radios, y ocasional consejero del Rey acerca de asuntos sobre Cataluña, elige sus palabras cuidadosamente. “El Monarca es un hombre muy abierto, y ha sido amigo de Mario Conde”, explica. “Y si el Rey ha sido amigo de Mario Conde durante años, es lógico que Conde trate de aprovecharse de esta relación”.

Parece que esto mismo es lo que hizo Conde, cuando a mediados de marzo afirmó que había pagado dos millones de dólares al ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez, gran aliado de Juan Carlos. Se dijo que había sido una contribución para el partido político de Suárez a cambio de su ayuda para resolver una fusión bancaria. (Suárez lo niega.) Conde también se las apañó para hacer notar que durante años había sido alguien cercano al vizconde Almansa, jefe de la Casa Real. Los que siguen el *caso Conde* interpretan estas declaraciones sobre Almansa como una advertencia a los lazos que mantiene el Rey.

Lo que preocupa a algunos aliados del Monarca es que es posible que Mario Conde tenga en su poder alguna evidencia que implique al Rey en asuntos turbios. “Conde tiene grabaciones, documentos y ese tipo de cosas”, afirma un empresario muy bien relacionado, que conoce al Rey desde los años sesenta. “Pruebas muy incriminatorias. Sería terrible si decide sacarlas a la luz”. Aun así, añade, cree que el ex banquero no lo hará, ya que espera ser incluido en una “gran amnistía de fin de milenio” aprobada por el Gobierno conservador. El monarca, dice, es la “última carta” de Conde. Sólo la usará si ve que no puede salir de la cárcel”.

“El Rey tiene estas pequeñas cosas negativas, y sólo juegan en su contra”, asegura el barón que me enseñó su castillo. “Pero, para ser justos, uno tiene que mirar toda su vida en perspectiva, y como yo lo veo, pesan más los aspectos positivos que los negativos”. El socialista de Barcelona, quien se declara “absolutamente leal” al Rey, está de acuerdo. “Su figura es lo mejor que podíamos haber inventado para el sistema político español. Ésta es la razón por la que la mayoría de los españoles quiere protegerle... Si hiciera mal su trabajo, o si tuviéramos

un Rey diferente, nada habría merecido la pena. Mientras el Rey no rompa las reglas del juego, la monarquía tampoco se romperá”.

Las “reglas” en España han cambiado sustancialmente desde los tiempos del abuelo de Juan Carlos y de Franco. La ironía es que el Rey debe su credibilidad e influencia a un sistema democrático que ayudó a poner en su sitio. El monarca ya no es inmune, pero como la monarquía es útil y funciona —como la herencia del primogénito de los antiguos vasallos del barón— es poco probable que pierda el apoyo de la gente. “Es un espejo en el que la gente puede verse reflejada”, afirma Charles Powell. “La razón principal por la que es tan popular es porque simboliza un nuevo sistema democrático. Si criticas a la monarquía, estás cuestionando todo lo que ha ocurrido desde la muerte de Franco. Si cuestionas el sistema de gobierno, abres la caja de Pandora y todo queda fuera de lugar. La monarquía ha sido útil. Es posible que no lo sea en 20 años, y entonces la familia real tendría que hacer las maletas”.



© Fernando García Mongay

# Jon Lee Anderson *en el Congreso de Huesca*

Por FERNANDO GARCÍA MONGAY

**“Chico, abre los ojos.”**

Por JAVIER MARTÍN

Javier Martín, natural de Pamplona, estudió periodismo en la Universidad de Navarra. Empezó su carrera profesional en la agencia *Europa Press* y desde 1982 trabaja en *El País*. En 1998 participó en la creación del suplemento tecnológico del diario, *Ciberp@ís*, en donde sigue.

PERSONA HUMANA, VOLUNTAD política, democracia orgánica, periodismo digital. A todas estas expresiones les sobra una palabra. La que se quiera, pero una sobra. Incluso, les propongo un juego: revuélvanlas. No pasaría nada (periodismo humano, democracia digital, voluntad orgánica, persona política...), porque, simplemente, sobran. No dicen nada, están vacías. Su misión es ocultar la realidad. Los periodistas llevamos años —prácticamente desde su nacimiento— debatiendo sobre el intríngulis del periodismo digital, discutiendo de sus penurias, crisis y causas. Pero le sobra una palabra, la que quieran. “Digital” o “periodismo”. Si es digital, hablemos simplemente del miedo humano a un avance técnico. Algo natural, comprensible y que se pasa con el tiempo.

Sin embargo, el presunto debate sobre periodismo digital acaba siendo un debate sobre periodismo, sobre la pérdida de identidad de un oficio, el oficio de contar. En conclusión, parece que nos enfrentamos a una crisis del periodismo en general.

El periodismo llamado digital, que se suele identificar con el periodismo que se hace en Internet, se puede calificar, en general y en el mejor de los casos, de malo; en el peor, de copias vergonzosas y tardías de lo publicado en papel. El fracaso del periodismo llamado digital es nacional e internacional. Después de una década, apenas hay ejemplos de buenos trabajos publicados en Internet.

Los sucesivos congresos de Huesca sobre periodismo digital siempre han derivado en quejas sobre la falta de recursos, la falta de publicidad, la falta de internautas... dejando en un segundo término la autocrítica de los profesionales. La cuestión es que el periodismo no ha encontrado la forma de adaptarse a un nuevo medio de comunicación. Por eso la gravedad de la crisis, que no es del medio sino del oficio, o de los del oficio que trabajan en ese medio (Internet).

Tampoco es que el fenómeno sea nuevo. La aparición de la televisión dejó descentrada a la radio. Fueron años en que la radio seguía haciendo declamaciones, y la televisión radiando. El desconcierto afectaba a los dos medios; pero hoy se viven los mejores años de la historia de la radio, con una riqueza de programas y de ideas como nunca la había tenido.

Seguramente dentro de unos años la eterna crisis del periodismo digital habrá acabado. Si es así, seguro que habrá desaparecido el adjetivo “digital”, como ha desaparecido el de periodismo “radiofónico” o periodismo “televisivo”. Ojalá; pero de momento el tiro va desviado, poniendo el acento en la inmediatez de Internet que, presumiblemente, obliga a los periodistas a ser rápidos, más que certeros; a difundir sin contrastar; a publicar todo porque en Internet todo cabe; a publicar cada pocos minutos, porque hay que mantener al internauta enganchado.

La inmediatez de Internet como excusa para el mal periodismo es un insulto a la misma sustancialidad de la profesión. Excusarse en la “rapidez con que se trabaja” para publicar bazofia es olvidarse del frío, escueto y longevo periodismo de agencias. No hay más inmediatez en Internet que la que hay desde hace muchas décadas en las agencias de noticias, madre de cualquier otro periodismo. Sin embargo, pese a su rapidez, las agencias son ejemplo de muchas de las virtudes que debe tener la profesión. Entre ellas, y no menor, que lo importante es lo que se comunica, no quién lo comunica.

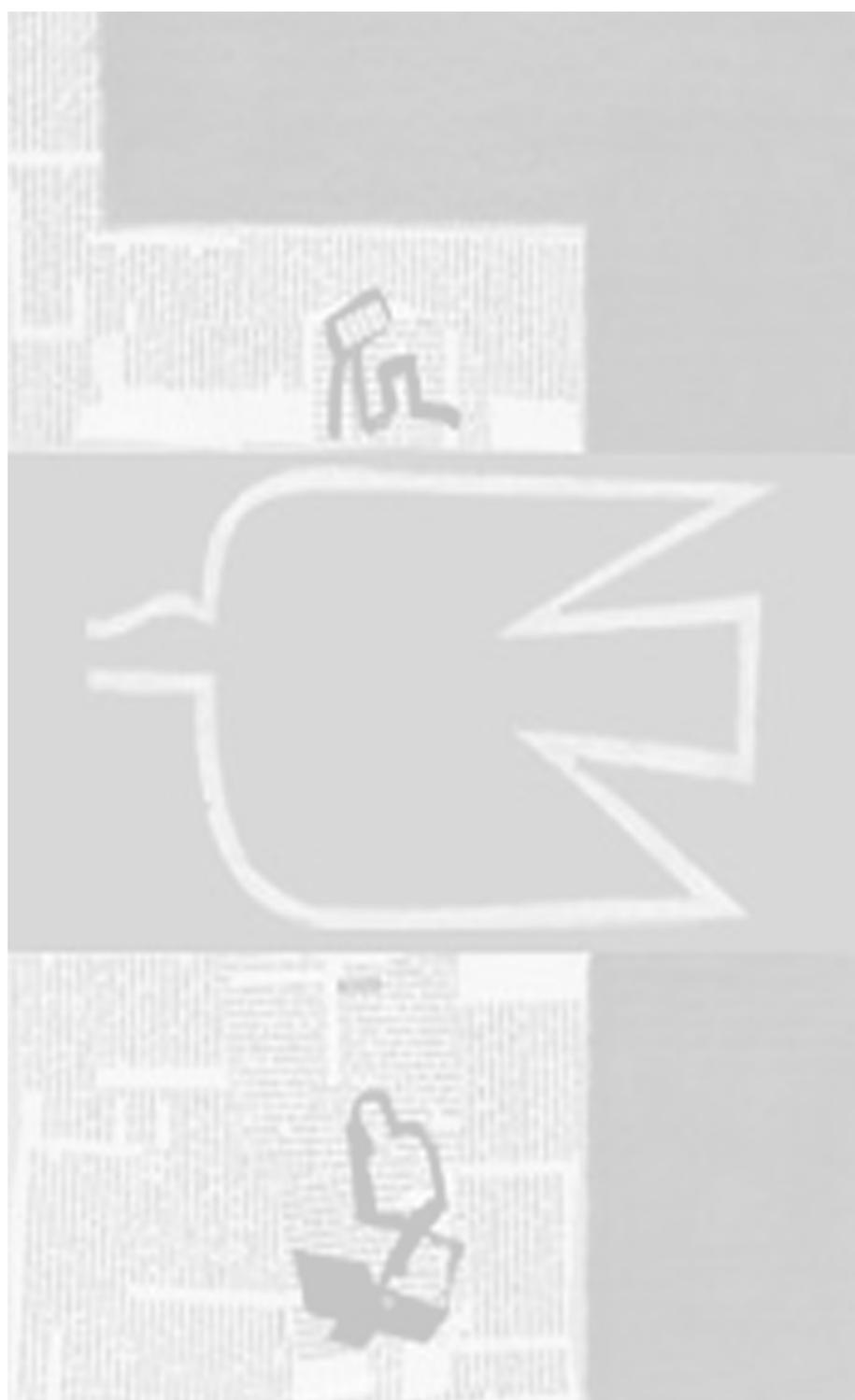
La “rapidez con que se trabaja”, excusa para el mal periodismo, es la esencia de la comunicación, algo a lo que se aspira desde el principio de la humanidad.

La rapidez es consustancial al periodismo y a la comunicación. Las vías romanas se abrieron con ese fin, para la comunicación inmediata. A lo largo de nuestra geografía se pueden contemplar cadenas de torres de vigía —precuradoras de los nodos troncales de las telecomunicaciones—, para que con fuegos, o con espejos, los vigilantes transmitieran la información, cuanto antes, de una punta a otra del Imperio. La exigencia de la comunicación inmediata y su calidad es un insulto para gente como Filípides, o como se llamara el soldado que llevó la noticia de la victoria sobre los persas, desde Maratón a Atenas. Han pasado desde entonces 2.495 años, han mejorado las vías de transmisión, pero el objetivo sigue siendo el mismo: contar la noticia cuanto antes.

Efectivamente, la información es poder; pero la buena. Las urgencias de Internet o la falta de recursos económicos no son excusas para el mal periodismo, que se extiende por Internet y por otros medios, como, por otra parte, es habitual en periodos de cambios. La solución no vendrá de la llegada de la publicidad —por cierto, funesto el creciente interés de los periodistas por las cuentas de su empresa—, ni siquiera de los mayores conocimientos tecnológicos de los profesionales. La salud de la profesión no dependerá de la banda ancha de Internet, sino del ejercicio del periodismo, de la buena práctica de su razón de ser: mirar, ver y contar lo que pasa por delante, ante nosotros, cada día y en cualquier situación. La caída de Nixon y su Watergate nos inculcó una maldita obsesión por la declaración bomba, el escándalo oculto, el derribo del Gobierno o del concejal de turno. El periodismo es mucho más cotidiano que todo eso. Su futuro depende de su buen ejercicio, que se puede resumir en cuatro palabras extraídas de la lección magistral de Jon Lee Anderson: “Chico, abre los ojos”.

# **Cuatro días en Huesca**

Por FERNANDO GARCÍA MONGAY



JON LEE ANDERSON estuvo cuatro días en Huesca en enero de 2005. En menos de 100 horas, intervino en el Congreso de Periodismo Digital, impartió un taller de una jornada sobre perfiles o retratos de personas, visitó la sierra de Alcubierre, siguiendo los pasos de George Orwell en la Guerra Civil española, y encontró tiempo para probar la gastronomía oscense y para hacer algunos amigos. De alguna forma, como escribió en la dedicatoria de un libro, en muy poco tiempo, Huesca ha pasado a formar parte de su “mundo conocido” y estoy convencido de que conocerá más cosas del Alto Aragón en un futuro.

Con Jon Lee Anderson, el Congreso de Periodismo Digital, inauguró una nueva actividad, que decidimos llamar “Un día con...”, donde un grupo reducido de personas, alrededor de diez, pasan un día con un destacado periodista que les transmite sus experiencias. De cada uno de los talleres se debe realizar una relatoría para contar cómo se desarrolló la jornada y, sobre todo, para elaborar una documentación que resulte útil a muchos periodistas que no pueden asistir a estas reuniones con profesionales de reconocido prestigio.

Los tres apartados que aparecen a continuación describen, respectivamente, los diez meses de conversaciones por correo electrónico para preparar el taller, la intervención de Anderson en el Congreso de Periodismo y un relato de cómo se desarrolló el taller.

Le hablé a Anderson de que pensaba publicar un librito sobre el taller que había impartido y le pedí que contribuyera con un artículo sobre su visita a la Sierra de Alcubierre. Desde su casa, en Dorset, Inglaterra, envió *De Bagdad a Huesca: entre dos campos de batalla históricos*, que el lector encontrará después de esta introducción. Se trata de una pieza de alrededor de 1.000 palabras donde reflexiona sobre la necesidad de revisar la historia mientras explica su recorrido por uno de los campos de batalla donde estuvo George Orwell en la Guerra Civil española.

En las horas que pasó en la Sierra de Alcubierre, Anderson no tomó notas. Eso sí, escuchó y preguntó mucho. A pesar de que sólo había desayunado un precipitado café, estaba muy despierto para retener, casi se podría decir para absorber, cuanta información le facilitaron.

Por alguna extraña razón, siempre me ha producido una cierta fascinación el trabajo de los periodistas. O, mejor dicho, me gusta saber qué medios utilizan para realizar su trabajo. En algunos casos, la cosa puede llegar a rozar el fetichismo. Saber qué tipo de libreta emplea o si escribe con pluma o con bolígrafo son algunas de las cosas por las que un periodista puede tener curiosidad cuando ve cómo trabaja otro periodista. Al menos, yo la tengo.

Truman Capote, según explica su biógrafo Gerald Clarke, no tomó ni una sola nota mientras realizaba las entrevistas para *A sangre fría*, un extenso reportaje que fue publicado por entregas en la revista *The New Yorker* y, posteriormente, en forma de libro. Después de pasar todo el día intentando obtener testimonios, Capote regresaba al hotel y escribía las frases que había oído. En algún sitio he leído que se preparó durante más de un año haciendo que sus amigos le leyeran textos que él luego resumía para exprimir al máximo la memoria.

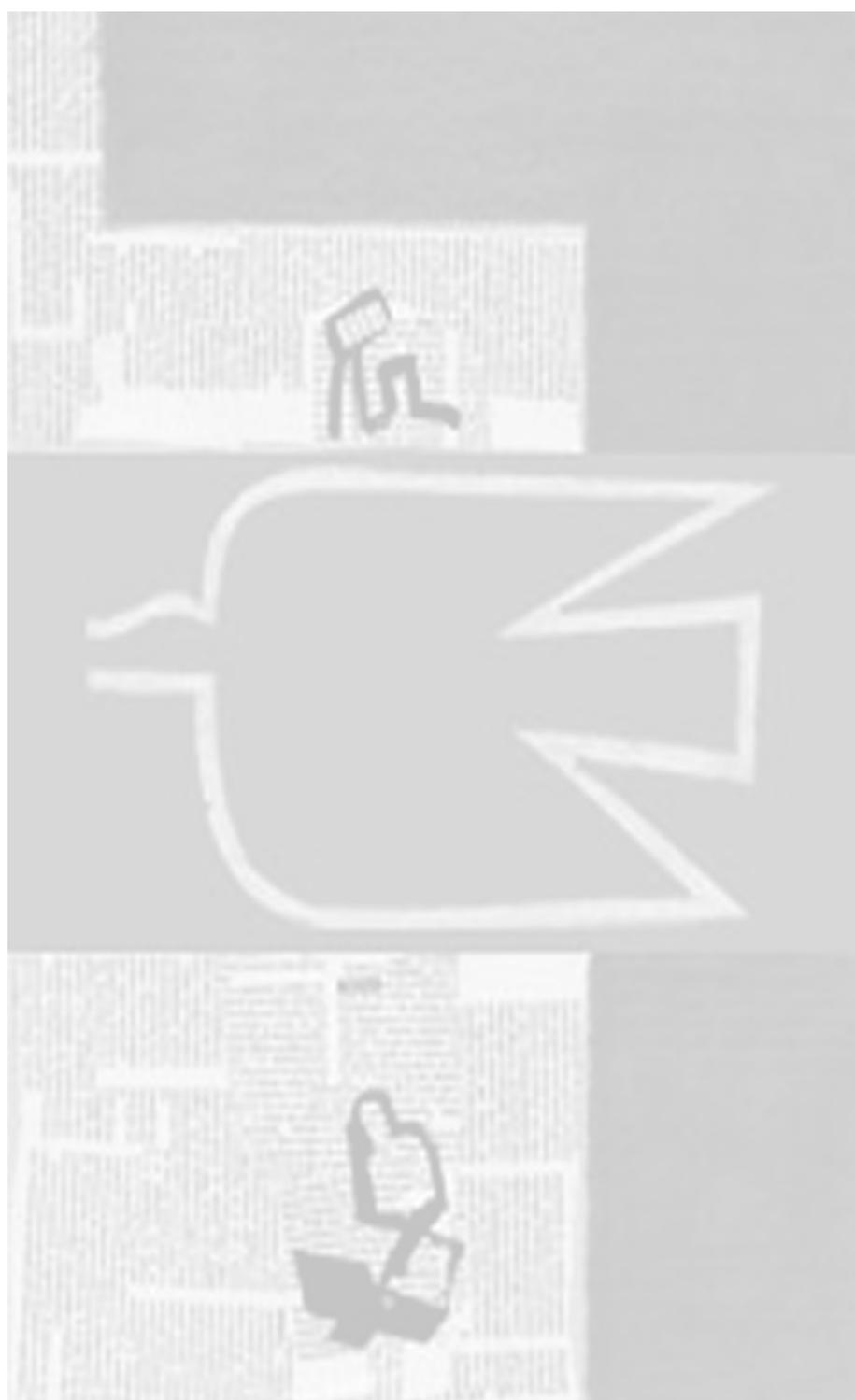
En el taller de perfiles, Anderson explicó que dejó de utilizar la grabadora cuando hizo el retrato de Gabriel García Márquez. El método de Anderson es muy parecido, pues, al de Capote. La grabadora y las libretas pueden intimidar a la persona que está hablando con el periodista. Con entrenamiento y oficio es más fácil que, al no ver ningún objeto por medio, las personas que aportan sus testimonios lo hagan con más libertad, de forma más relajada, que empleen expresiones coloquiales que generarán unos diálogos más vivos. Con esos ingredientes se puede hacer un periodismo que toma las armas de la literatura para contar una historia con exactitud y veracidad, los dos principales valores del oficio.

En este libro se habla de periodismo literario y, especialmente, de un periodista norteamericano que recorre el mundo buscando historias para contar a sus lectores. Y en esa búsqueda se encuentra ahora, cuando escribo esta introducción. Desde hace un par de días, Anderson está en Afganistán pintando con palabras el retrato del presidente afgano Hamid Karzai. Un perfil que publicará *The New Yorker*.

Fernando García Mongay  
Huesca, 3 de marzo de 2005

**De Bagdad a Huesca:**  
*entre dos campos de  
batalla históricos*

Por JON LEE ANDERSON



**LLEGUÉ A HUESCA** un día claro del mes de enero de 2005, precisamente 68 años después de que Orwell estuviera combatiendo allí. Tan sólo un par de días antes, yo estaba en Bagdad.

Me sentí como una especie de viajero por el tiempo, entre dos campos de batalla de la historia. Un concepto interesante en sí mismo, pero también me hizo pensar si existiría algo, más allá de mi presencia casual, que uniera a Huesca con Bagdad.

En apariencia, la diferencia entre ambas ciudades y guerras resultaba evidente. Las consecuencias de una —la Guerra Civil española— son conocidas de todos, pero la otra guerra, la de Irak, todavía continúa, y por ello sus resultados parecían imposibles de determinar. En otras palabras, la narrativa española era estática —historia antigua—, mientras que en Irak, la historia era contemporánea, y se mantenía tan dinámica como mortífera y portentosa.

Pero la historia tiene por costumbre permanecer dormida durante largos periodos, para volver a presentarse a las nuevas generaciones al cabo del tiempo. Y la historia de lo sucedido en España, en lugares como Huesca, hace casi siete décadas, también sigue renovándose.

Eso es lo que pensaba una fría mañana mientras recorría las antiguas trincheras y cuevas del frente, en las colinas de las afueras de Huesca, visitando por primera vez el campo de batalla. Cuando nos acercábamos a un gran charco que la lluvia había formado en la cima de una de las colinas, uno de mis acompañantes me contó que las lluvias de primavera de hacía un par de años habían dejado al descubierto los restos de una mujer, probablemente una miliciana, enterrada allí en una sepultura poco profunda. Se llevaron a cabo pruebas de ADN para determinar su identidad, y quizás algún día sus descendientes lleguen a conocer la verdad sobre su muerte y puedan por fin enterrarla adecuadamente.

Mis guías eran españoles, aragoneses nativos, todos ellos aproximadamente de mi edad: tres hombres bien entrados en la cuarentena. Mi padre luchó en

la II Guerra Mundial; los suyos, en el ensayo general no declarado para dicho conflicto que tuvo lugar en España, y lo hicieron en esas mismas colinas, o bien en los pueblos y ciudades de la llanura que se abría a nuestros pies. El padre de uno de ellos había combatido en el bando de los nacionales; los de los otros dos, en el de los republicanos. Esa información flotaba tácitamente en el ambiente mientras explorábamos juntos el antiguo campo de la muerte, y me di cuenta de que sólo mi presencia, como visitante neutral, hacía posible la excursión de nuestro grupo, ya que resultaban evidentes entre mis compañeros, por lo que dijeron y por lo que no dijeron, los sentimientos latentes sobre el sangriento conflicto y sus injusticias aún por saldar.

El incómodo silencio de la historia pendía sobre nosotros como un velo invisible. Hablamos, sobre todo, de Orwell. También fue un visitante, como yo, aunque él no era neutral. Vino a España para combatir en el bando de la República, y resultó herido en la batalla de Huesca. Pero Orwell definió, para bien o para mal, la Guerra Civil española de cara al exterior en su obra *Homenaje a Cataluña*, publicado en 1938, incluso antes de finalizar el conflicto. El libro, como es sabido, se ha convertido en un ejemplo clásico de reportaje literario, de corresponsalía de guerra, y también de historia. Es un documento intemporal sobre una época y un lugar determinados, y también, en cierto modo, sobre la condición humana. Sin embargo, para mí, una de las principales razones del valor perdurable de su libro es la sinceridad demoledora de Orwell sobre lo que hizo en España y los hechos de los que fue testigo. En las últimas páginas, escribe lo siguiente: “Esta guerra, en la que jugué un papel tan ineficaz, me ha dejado sobre todo malos recuerdos, pero sin embargo no quisiera habérmela perdido. Cuando se ha visto un desastre así —y sea cual sea su desenlace, la guerra española resultará ser, además de la carnicería y del sufrimiento físico, un desastre espantoso— el resultado no es necesariamente desilusión y cinismo. Extrañamente, la experiencia no ha agotado mi fe en la decencia de los seres humanos, sino que la ha reforzado. Y espero que mi relato no haya sido excesivamente engañoso. En mi opinión, nadie puede ser del todo veraz sobre un asunto como éste. Es difícil estar seguro de algo si no se ha visto con los propios ojos, y consciente o inconscientemente, todos tomamos partido al escribir. Por si no lo había dicho antes en estas páginas, lo diré ahora: estén atentos a mi partidismo, a los errores que pueda haber cometido y a la distorsión producida de manera inevitable por haber visto únicamente un lado de los hechos. Y estén atentos exactamente a las mismas cosas cuando lean cualquier otro libro sobre este periodo de la guerra española”.

En Huesca, al cabo de 70 años, las palabras de Orwell resonaron profundamente en mi interior, evocando exactamente los mismos sentimientos que tuve sobre lo que trataba de hacer, como periodista, al aportar mi testimonio sobre el campo de batalla moderno de Irak. Así pues, ¿era Orwell quien me

hacía relacionar Huesca con Bagdad, o más bien esta sensación de historia inacabada?

Creo que eran las dos cosas. Las palabras de Orwell advirtiéndome sobre su propia interpretación nos desafían a revisar la historia, a verla siempre como algo vivo, a buscar y determinar continuamente sus verdades y falsedades, porque, tal y como nos recuerda, nunca llegamos a conocerla del todo. El tiempo va pasando, y con él los sucesos del pasado se transmutan en memoria. Pero también pasan a formar parte de los nuevos tiempos en que vivimos, porque nada de lo que sucede en la historia de la humanidad llega a desaparecer del todo. Incómodo o no, todos necesitamos saber la verdad de lo ocurrido antes de nuestra llegada, lo que nos hizo ser tal como somos. Ya sea en Huesca o en Bagdad, tanto ahora como en el futuro, el reto sigue siendo el mismo.

Jon Lee Anderson

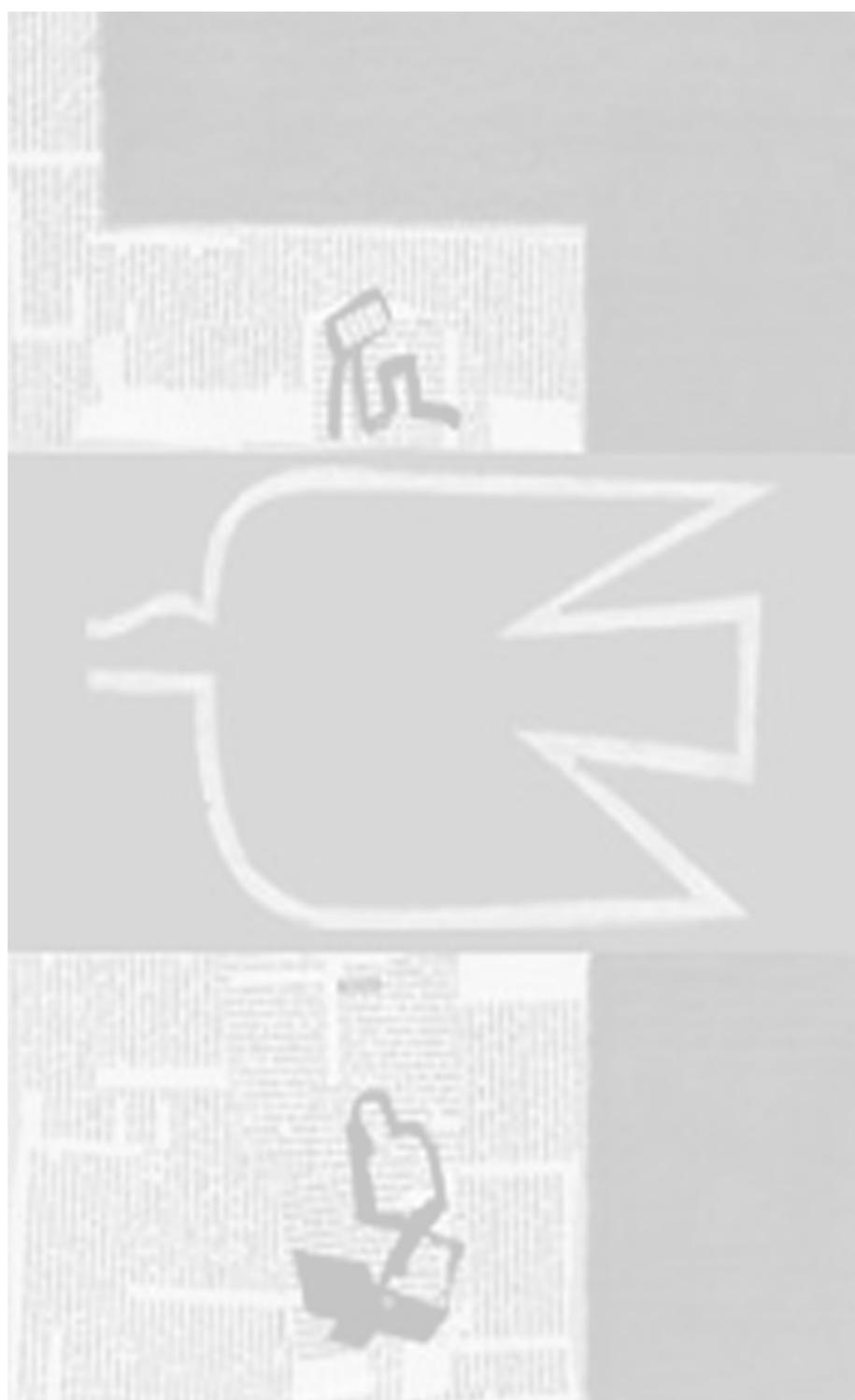
Dorset, Inglaterra

Viernes, 18 de febrero de 2005



# **Cómo “embullé” a Jon Lee Anderson**

Por FERNANDO GARCÍA MONGAY



EL LIBRO DE estilo de *El País* dice que titular con otros títulos es un recurso fácil y reprobable. El libro considera que “aplicar a un reportaje un título de película, de obra literaria o de una canción” es una práctica que “demuestra escasa imaginación y abundante pereza mental”. Una pena. Porque reconozco que mi primera idea fue utilizar como título para este texto *El americano impasible*, una de las novelas más conocidas de Graham Greene, que es el escritor que más admira Jon Lee Anderson.

Al ver cómo se hundía mi propósito por el peso del libro de estilo, recordé el reloj con la imagen de Tintín que llevaba el periodista en la muñeca. Anderson es un tipo con una envergadura considerable. Mide alrededor de 1,90 y su mirada puede resultar incómoda si no se le conoce. No resulta extraño, pues, que el reloj de Tintín me pareciera un elemento desconcertante. Es más, estoy seguro de que a la hora de escribir un perfil sobre Anderson, todos los que asistimos al taller que impartió en Huesca recurriríamos al reloj como asidero narrativo y, a la vez, como elemento para suscitar la curiosidad del lector. Al fin y al cabo, de un tipo que se supone que está curtido en mil batallas y que ha vivido los conflictos más importantes que han sucedido en el mundo en los últimos años, nadie espera que lleve en la muñeca un reloj de Tintín. Pero tampoco servía parafrasear los títulos más conocidos de las aventuras de Tintín, porque también contraviene las normas del libro de estilo.

Por suerte, el tiempo suele solucionar los problemas. Al menos, los que tienen solución. Cuando estaba pensando en un buen título, recibí un mensaje de Anderson donde me decía que le estaba “embullando”. En una primera lectura creí que utilizaba el término embullar para decir que lo estaba liando o algo por el estilo. El diccionario me sacó de dudas: “Animar a alguien para que tome parte en una diversión bulliciosa”. Así que le respondí agradecido porque me había enseñado una palabra que no conocía. “La aprendí en Cuba, que es un sitio donde se habla un español muy rico”, me explicó.

Al parecer, embullar, como “ojos de chumbeque”, forma parte del vocabulario habitual de Anderson, un hombre que reconoce que cuando está fuera de casa, sobre todo en países árabes, utiliza “muchas muecas, como Chaplin”.

Cuando vuelvo a consultar el libro de estilo de El País, leo que un buen titular de un reportaje no conviene que supere las seis palabras y “debe mostrar ingenio y a la vez transmitir información”. Además, recomienda que “cuando el contenido lo permita, el título contendrá alguna dosis de humor”. Como ya dispongo de un buen titular, el artículo es cosa hecha. Sólo he de explicar cómo convencí a Jon Lee Anderson para que viajara hasta Huesca a participar en el Congreso de Periodismo Digital (Jon Lee Anderson intervino en el VI Congreso Nacional de Periodismo Digital, que se celebró en Huesca los días 20 y 21 de enero de 2005, e impartió el taller *Un día con Jon Lee Anderson*, el 22 de enero). O, dicho de otra forma, cómo le embullé para que viniera.

La primera noticia que tuve de Jon Lee Anderson fue a través de la página de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que preside Gabriel García Márquez. El trabajo que realiza esta fundación es conocido por la mayoría de los periodistas latinoamericanos. Por los talleres que organizan han pasado como maestros algunos de los nombres más relevantes del actual periodismo como Ryszard Kapuscinski, Tomás Eloy Martínez, Alma Guillermoprieto y Jon Lee Anderson, entre otros nombres de una lista de más de 30 periodistas.

Por lo general, los talleres de la FNPI ([www.fnpi.org](http://www.fnpi.org)) se celebran en Cartagena de Indias. Pero, a veces, la fundación elige otros países, como Argentina, Bolivia o la República Dominicana para realizar los cursos. Anderson impartió tres talleres en Cartagena de Indias. El primero, en 1999, *Perfiles: el reportaje sobre personas*. El segundo, sobre periodismo de guerra, y el tercero, titulado *Perfiles periodísticos*, en 2002. Después de leer su currículum, pensé que podía ser muy interesante que impartiera un taller de perfiles para el Congreso de Periodismo.

Decidí invitarlo. Le escribí el 9 de marzo de 2004. El mismo día recibí su respuesta. Anderson acababa de regresar a Bagdad. “El factor más fregado (fastidioso, en América Latina) para mí es el tiempo”. En los próximos meses pensaba viajar a Afganistán, Estados Unidos, Irak, Brasil y España (“para las vacaciones de verano”). Encontrar unos cuantos días libres en la agenda de Anderson era una tarea difícil.

A través de la librería electrónica *Amazon*, conseguí un ejemplar en español de *La tumba del león*, el libro que recoge los trabajos que publicó Jon Lee Anderson sobre Afganistán en *The New Yorker*. Escribí un artículo donde explicaba la compra del libro. Y le mandé a Anderson el texto que se reproduce a continuación:

# La tecnología que nos cambia la vida

53

Publicado en *Diario del Alto Aragón*  
el 28 de marzo de 2004

La librería electrónica *Amazon* no deja de sorprenderme. Hacía tiempo que no compraba ningún libro a través de Internet y este mes he adquirido tres. Dos, de segunda mano, escritos por Herbert Lionel Matthews, un periodista de *The New York Times* que, en los inicios de su carrera profesional, fue corresponsal en la Guerra Civil española. Aunque los pedí el mismo día, el primero de los dos libros me llegó en una semana. El segundo tardó cuatro o cinco días más.

El tercer libro que pedí fue *La tumba del león*, de Jon Lee Anderson, periodista de *The New Yorker*. En este caso, en *Amazon* encontré una edición en español publicada en Argentina. Realicé el pedido el día 7 de marzo. El libro viajó en 16 días de Argentina a los almacenes de *Amazon* en Estados Unidos y de allí a España. Aunque los libros de Matthews se publicaron a principios de los años setenta y el de Anderson en 2001, los tres tienen algo en común, porque hablan de cómo envían los periodistas sus crónicas al *Times* y al *New Yorker*, respectivamente.

Matthews recorrió distintos frentes en la Guerra Civil española. Para mandar sus relatos se veía obligado a realizar largos y penosos desplazamientos hasta Madrid, Barcelona o Valencia con el objetivo de enviar telegramas o hablar por teléfono con las oficinas del *Times* en París. Según cuenta, después de veinte horas de trabajo en el frente de Teruel, regresó a Valencia para escribir y enviar un largo artículo.

Anderson estuvo en Afganistán a finales de los años ochenta y regresó en 2001 para cubrir la guerra. Posiblemente, el país cambió poco en los últimos años. Pero, como explica su editora del *New Yorker*, Sharon DeLano, en el prólogo del libro, "muchas cosas habían cambiado en lo referente a la cobertura periodística. El cambio más grande era el tecnológico". Con un teléfono satélite, un ordenador portátil y un generador de electricidad, Anderson, al igual que el resto de los corresponsales de guerra, podía realizar la cobertura informativa diaria de cuanto acontecía en Afganistán. Aunque con algunos problemas, el periodista, según cuenta su editora, podía mandar artículos de 8.000 palabras, alrededor de 12 folios de texto.

Los cambios que ha producido en los últimos años la tecnología en el trabajo de los corresponsales de guerra han sido trascendentales para conocer cuanto ha sucedido en las zonas de conflicto. Pero también lo han sido en nuestras vidas. Hace sólo diez años es muy posible que no hubiera podido comprar los libros de Matthews y Anderson. Es más, estoy convencido de que sin la ayuda de Internet ni siquiera sabría de su existencia.

El periodista estaba terminando de escribir *The fall of Bagdad* (*La caída de Bagdad*, Penguin Pres, 2004, EEUU, publicado en 2005 en España por Anagrama). “Discúlpame la brevedad. Estoy en las últimas 48 horas del libro en un trance maratoniano”.

Un mes después, en abril de 2004, Anderson volvió a Irak. El día 25, me escribió. “Un *deadline* como la horca”, decía. La fecha de entrega de su último trabajo para el *New Yorker* le obsesionaba y la redacción del artículo no le había dejado ni un minuto libre. “Finalmente ayer cerré la pieza y salí. He venido a Petra a ‘descompresionar’ un poco y realizar la edición de mi libro que he de entregar a mi editor de Penguin el lunes”. No hacía falta explicar mucho más para llegar a la conclusión de que, por el momento, no podía pensar en una fecha para realizar el taller en España. Por si quedaba alguna duda: “Espero que lo comprendas. Si te digo una fecha ya, hay un 50% de posibilidades de que tengamos que cancelar el taller, como me he visto obligado a hacer con, por lo menos, media decena de invitaciones que he recibido este año, la más reciente, hace una semana, de la JFK School, Harvard, para intervenir en un *panel* (grupo de expertos) sobre Irak-Vietnam. Al final, intervine a través del teléfono satélite”.

Había pasado dos meses “reporteando” en Irak sin ver a su familia. La vida de Anderson cambió cuando terminó la biografía del Che. Para escribirla se trasladó a Cuba, donde vivió de 1992 a 1995, con su mujer y sus tres hijos. El libro apareció publicado en 1997. Casi 800 páginas dedicadas a uno de los mitos más citados del siglo xx. Cinco años de trabajo para conseguir el reconocimiento por un trabajo minucioso de investigación que acabó siendo la biografía más completa del héroe revolucionario.

Los ecos de su obra sobre el Che llegaron a otro mito, esta vez del periodismo literario, como es la revista *The New Yorker*. Figurar en la nómina de escritores de la revista, que fundó Harold Ross en 1925, es el equivalente periodístico a jugar al fútbol en la liga de las estrellas. Con 40 años, Anderson escribió los perfiles de Pinochet, del rey Juan Carlos y del presidente Charles Taylor de Liberia. Al año siguiente, en 1999, Jon Lee Anderson pasó a ser un escritor de la plantilla del *New Yorker*. Ya no sólo jugaba en primera, además se había convertido en un galáctico del periodismo.

El 25 de abril, escribí a Anderson y le dije que esperaríamos “el tiempo que fuera necesario” para fijar la fecha del taller. Respondió desde Jordania una hora después de que yo le enviara el mensaje. “Gracias por comprender, Fernando. Cuando tenga alguna idea sobre las fechas, te lo diré. Ojalá sea pronto”.

Jon Lee Anderson es muy cortés. El día en que impartió su taller en Huesca, a pesar de que había hablado más de ocho horas seguidas, aceptó a la primera una invitación para cenar juntos. Nos acompañó mi esposa, quien nos llevó en su Citroën hasta un restaurante de carretera que se encuentra a

diez o doce kilómetros de Huesca. Después de probar la gastronomía de dos restaurantes con estrellas Michelin, quería que Jon Lee conociera también otro tipo de comida menos elaborada. En el restaurante de carretera, pedimos varios entrantes. Entre otros, unos caracoles a la brasa. Cuando los sirvieron, Anderson dijo que los había probado antes. Comió unos pocos. Dos o tres. Cuando le dije que todavía quedaban muchos en la bandeja, respondió que no quería comer más porque los encontraba “demasiado exquisitos”.

Nuestra conversación por correo electrónico se suspendió desde el 25 de abril hasta el 26 de agosto. En los últimos días de agosto, es costumbre que el Congreso de Periodismo realice una rueda de prensa para presentar parte del programa de la edición que se celebrará en los primeros meses del año siguiente. Le envié otro correo. Como el taller se retrasaba, le propuse realizarlo coincidiendo con las fechas del congreso. “En principio, digamos que sí para enero”, me respondió. No quería comprometerse demasiado. Quedaba claro que el trabajo ocupaba el primer lugar en su lista de preocupaciones.

El libro *La caída de Bagdad* apareció en Estados Unidos y el periodista realizó una gira por distintos estados para promocionarlo. El 2 de noviembre, cuando regresó a Inglaterra, me escribió: “En términos generales, me parece satisfactoria tu propuesta, pero como estoy recién llegado y poniéndome al día, dame unos días para revisarlo y te doy mi respuesta definitiva”.

El día 8 de diciembre, llegaron buenas noticias. ¿O no eran tan buenas? “Creo que sí puedo asistir en esas fechas. Aunque hay una posibilidad, que sería una irresponsabilidad no decírtela claramente, de que las cosas se pongan difíciles en el último momento. Como sabes, las elecciones en Irak están previstas para finales de enero. Mi plan es cerrar una pieza sobre Irak, que tengo en elaboración para la semana anterior, para el *New Yorker* que sale justamente el 17. Lo más probable es que para entonces esté ya en Bagdad, donde pienso viajar unos días después de Navidad. No hay planes de que me quede para ‘cubrir’ las elecciones (y nadie sabe cómo lo van a hacer porque es peligroso y promete ser peor para entonces), pero dada la volatilidad del país (incluyendo el drama de entrar y salir, que no es poca cosa) cabe la posibilidad de problemas a última hora (ejemplo: podrían cancelar vuelos, todo es posible). O sea que esa es la situación. Es un riesgo. Dime tú cómo quieres proceder”.

Para cualquier organizador, la incertidumbre es una mala compañera de trabajo. En un programa donde intervienen 40 o 50 oradores, no resulta extraño que fallen alrededor del 10%. Eso, al menos, es lo que figura entre lo previsible en el congreso de Huesca. Pero, en este caso, como también sucedió con Dima Khatib, periodista de la televisión qatari Al Jazira, el problema era que no se contaba con la confirmación definitiva de la asistencia un mes antes del congreso.

¿Un mes? Así estábamos a 15 días del congreso: “Fernando, feliz 2005 y discúlpame el silencio. No recibí el anterior (mensaje), problemas de comu-

nicación; mi sistema estuvo unos días en ‘down’ con líos satelitales y demás. Llegué a Bagdad hace como una semana, en medio de un gran corre-corre... Estoy trabajando como un loco tratando de terminar una pieza para la revista que cierra la próxima semana, el día 14, creo que es el viernes próximo. En teoría, podré irme después, pero todavía estoy pendiente de una conversación con los editores sobre si debo o no quedarme y hacer una próxima historia en la última quincena de enero, antes de las elecciones... Comprendo tu ansiedad natural por tenerme ahí y, si puedo, te daré una respuesta definitiva este fin de semana, pero lo más probable es que sea el lunes o el martes, cuando la pieza esté terminada y la cerremos”, escribía Anderson el 7 de enero, sólo 14 días antes de que comenzara el congreso.

El siguiente mensaje se lo envió María José del Fueyo, la responsable de protocolo del congreso. “Como le expliqué a Fernando”, le respondió Anderson el 12 de enero, “estoy liado con una pieza en Bagdad. La cerraré mañana por la noche y entonces podré pensar. Ahora bien, si necesitas reservar un pasaje (no lo pagues todavía, hasta el viernes, cuando te lo confirme todo), lo mejor sería volar desde Amman, Jordania. ¿Cuál sería la última fecha para viajar y llegar a tiempo? El 19, ¿no?”.

Para bajar la presión arterial de los organizadores, Dima Khatib escribía el 13 de enero. “¿Cómo se llega a Huesca?”. La periodista de Al Jazira se encontraba en Hong-Kong. Le explicamos que era muy posible que se viera obligada a volar haciendo alguna escala. “No, a mí lo que me preocupaba era cómo se llegaba de Madrid a Huesca. El resto del viaje era cosa mía”, nos dijo posteriormente.

El 16 de enero, escribí a Anderson. No sabíamos adónde debíamos mandarle el pasaje de avión. Tampoco podíamos anunciar el taller porque no estaban cerradas las fechas de sus vuelos. El mismo día, Jon Lee Anderson me envió un correo donde decía que estaba de acuerdo en realizar el curso el 22 de enero (quedaban, por tanto, tan sólo seis días para organizarlo y para que los interesados pudieran realizar la inscripción). A María José le explicó que podía mandar los pasajes de avión al Hotel Four Seasons de Amman, habitación 701. Su artículo para el *New Yorker* estaba cerrado desde el día 14. El domingo 16 no era fácil tramitar los billetes de avión porque la Royal Jordania estaba cerrada en España, pero Anderson, “para que vaya centrándome la cabeza”, ya quería hablar del congreso y del taller.

Jon Lee Anderson llegó a Barcelona el 19 de enero de 2005. Un coche le recogió en el aeropuerto y viajó, junto con Jean François Fogel, de *Le Monde*, que venía de París, hasta Huesca. Por la noche, acompañé dando un paseo a ambos periodistas desde su hotel hasta el restaurante donde estaba prevista la cena. Anderson me explicó en el camino que había intentado conectar su ordenador a la línea ADSL del hotel. Como no lo consiguió, desplegó una antena, la misma que utilizaba en Bagdad, y enchufó su ordenador portátil al satélite.

Al día siguiente, tomando una copa en el *Café del Arte* de Huesca, Dima Khatib dijo que por los mensajes de correo electrónico creía que yo tendría alrededor de 30 años.

—“¿Qué años pensabas tú que tenía?”, preguntó a Anderson en español la periodista siria.

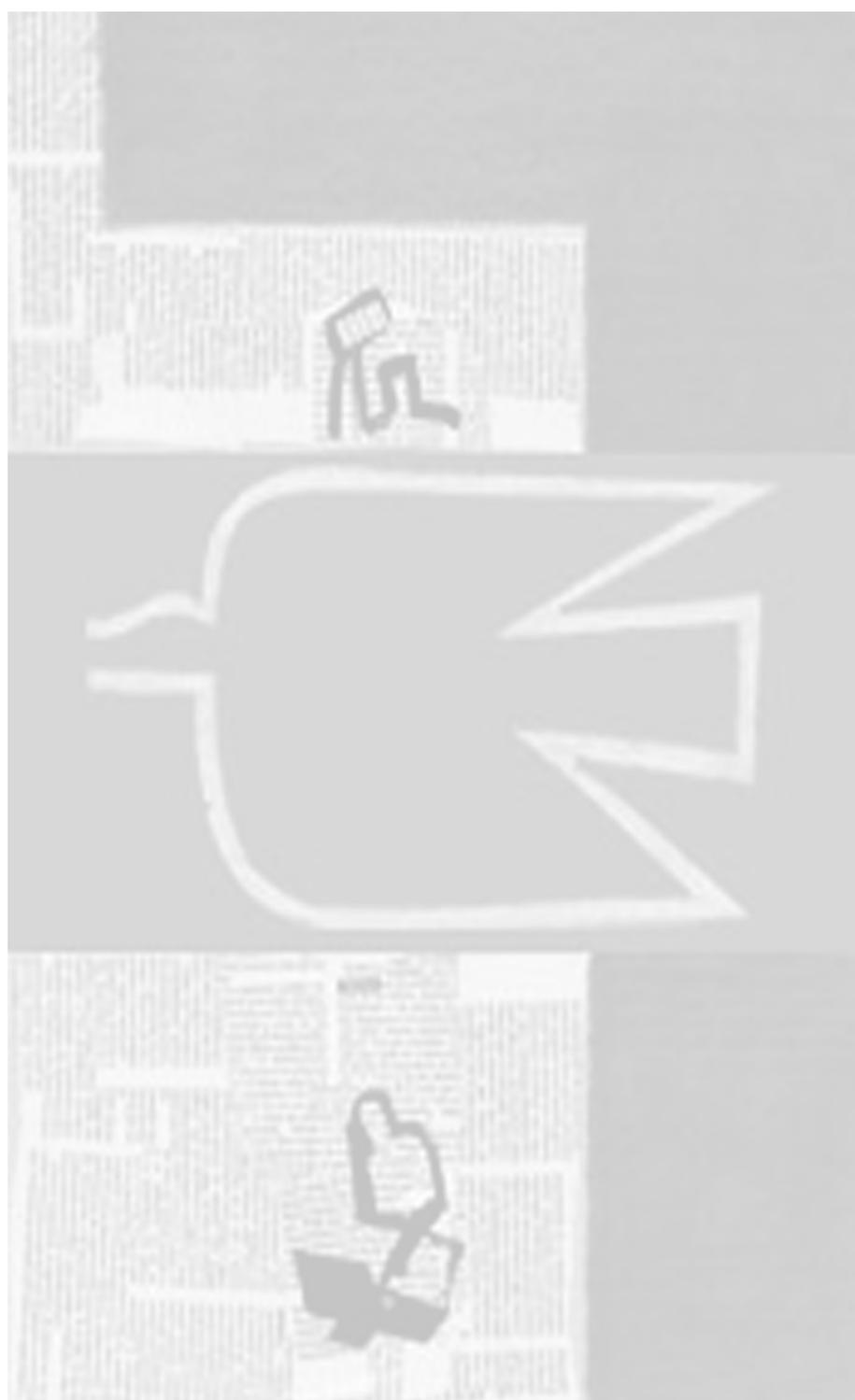
—“Sí, a mí también me dio la impresión de que era más joven, respondió el periodista norteamericano.

No dije nada, me sentí feliz porque ambos estaban en Huesca y bebí un largo trago de mi copa.



# Una lección de periodismo

Por FERNANDO GARCÍA MONGAY



EN LA MESA redonda del torreón del restaurante *Lillas Pastia* de Huesca, el 19 de enero de 2005, la noche anterior al comienzo de la sexta edición del Congreso de Periodismo Digital, tuve la suerte de participar en algo así como una pequeña ONU del periodismo y cenar con Guillermo Culell y Marcelo Franco, de la edición digital de *Clarín*; con Jean François Fogel, de *Le Monde*; Roberto Belo, de *BBC World Service*; Carlos Enrique Bayo, de *El Periódico de Cataluña*; Javier Martín, de *El País*; Jon Lee Anderson, de *The New Yorker*, y Dima Khatib, de *Al Jazira*. La conversación discurría en el tono propio de las presentaciones hasta que se habló del juez Garzón. La mayoría de los periodistas que asistían a la cena, especialmente los extranjeros, mostraron su admiración por el trabajo de Garzón. Anderson era el único que había hablado en persona con el juez de la Audiencia Nacional.

En 1998, Jon Lee Anderson publicó en *The New Yorker* un perfil sobre Pinochet. El dictador chileno viajó a Londres para pasar una revisión médica. Al parecer, si no entraba en el quirófano, Pinochet corría el peligro de convertirse en un discapacitado permanente. Anderson se entrevistó por última vez con el militar en los salones de un elegante hotel londinense. Quería averiguar si su “corazonada era buena”. Pensaba que Pinochet estaba negociando para que cesaran las investigaciones de abusos sobre derechos humanos durante su régimen. “Le pregunté insistentemente sobre esto y al principio intentó eludir el asunto. Pero insistí. Finalmente explotó y, con voz irascible que fue elevando mientras hablaba, me confirmó que lo que él quería era un *final* para todas esas investigaciones sobre derechos humanos. Gritó: ¡A terminar con los casos!” decía Anderson en un artículo donde explicaba sus encuentros con el dictador.

El 16 de octubre de 1998, cuatro días después de que apareciera el artículo de Jon Lee Anderson, el juez Baltasar Garzón dictó un auto de prisión contra el general Augusto Pinochet. El 18, Garzón firmó “las correspondientes

órdenes de búsqueda y captura internacionales para proceder a su detención a efectos de extradición”.

En el restaurante oscense, el nombre de Baltasar Garzón había aparecido en la conversación cuando Dima Khatib explicó que acababa de hablar con la esposa de Taysir Alouni, el corresponsal de Al Jazira en España, que fue encarcelado por el juez de la Audiencia Nacional por su presunta relación con el grupo terrorista *Al Qaeda*. La periodista aseguró que Alouni estaba enfermo y que no dejaban que le viera un médico en la cárcel. En ese punto, Anderson olvidó la presencia del resto de los periodistas y comenzó a preguntar a Khatib sobre las relaciones de Alouni con *Al Qaeda*. Quería conocer los detalles y para saber más no le importó preguntar y volver a preguntar. Pasados unos minutos, Anderson se dio por satisfecho y dejó de asatear a la periodista de la televisión qatari. En el segundo plato, mientras los demás comíamos, Anderson se había puesto a trabajar.

Al día siguiente, intervino en el Congreso de Periodismo Digital. En el coloquio, uno de los asistentes le preguntó por el coste económico de hacer el periodismo que él practica. “Este periodismo”, respondió Anderson, “se puede hacer sin dinero. Es cuestión de tener claro el concepto. Ahora, el *New Yorker* me respalda con sus medios, pero también he viajado por el mundo muerto de hambre”. Mientras la mayoría de los presentes en la sala del Congreso de Periodismo estaba acostumbrada al *fast press*, el periodismo de Jon Lee Anderson puede estar más cerca del *slow press*, como de forma certera escribió Javier Martín en la crónica del congreso que realizó para *Ciberpaís*.

Anderson elabora sus artículos y perfiles a fuego lento. No obstante, el último que realizó antes de viajar a Huesca fue más rápido de lo acostumbrado. Antes de Navidad se entrevistó con Iyad Allawi, el presidente provisional de Irak. El día 14 de enero cerró el retrato. Menos de un mes para escribir casi 12.000 palabras que el *New Yorker* publicó en la revista de la semana del 24 al 31 de enero de 2005.

En su intervención en el congreso, Anderson mostró un dominio de la escena envidiable. Habló durante 35 minutos, gesticulando mucho, especialmente con la mano derecha, y dejándose ir en largas descripciones, improvisadas, que encontraban el final cuando miraba el breve guión, sólo unas palabras anotadas, que le devolvía a una intervención que había sido pensada en varias escenas, la misma técnica que emplea para contar las historias en el *New Yorker*.

“El *New Yorker* es el que me ha permitido saber qué tipo de periodista y escritor soy. Me ha dado una fórmula para canalizarlo, para adquirir experiencia y escuela”, reconoció Anderson en los primeros minutos de su intervención. Trabajar para el *New Yorker* es distinto a hacerlo en publicaciones donde los periodistas se ven obligados a firmar todas las semanas.

Anderson escribe 5 o 6 piezas al año. “Algunos sólo escriben dos”, dijo bromeando. Ya no trabaja “a la pieza”. Cada año negocia su contrato. La revista

quiere que escriba más por el mismo dinero y él debe intentar que no sea así. Es, pues, escritor de plantilla de *The New Yorker*. Aunque en su tarjeta no lo especifica, se puede decir que Anderson es corresponsal en el extranjero de una publicación que presume de vigilar “la calidad de la palabra escrita”. Para hacerlo, cuenta con un equipo de ocho editores. En los últimos años, ha escrito desde Irak o Afganistán, “unos lugares un poco conflictivos”. En Nueva York, la editora Sharon Delano seguía sus movimientos. Cuando estuvo en Afganistán, la editora compró mapas y leyó libros porque quería estar al tanto de lo que pasaba. Anderson lo explicó con una metáfora donde la editora ejerce el papel de un capitán del ejército que vive la situación desde el puesto de mando y el periodista se convierte en un soldado que se mueve de un sitio a otro. Internet y el teléfono satélite permiten la comunicación diaria. “A veces estoy en sitios aislados y no tengo noticias de lo que está pasando. A través de las conversaciones me hago una idea”.

En el poco tiempo de que disponía para su charla en el congreso, Anderson se vio obligado a resumir su método para realizar perfiles literarios y periodísticos de personas que, por lo general, tienen poder. Porque a Anderson le interesan los poderosos y la forma en que estos ejercen su poder. “Escribo en escenas”. Luego, para unirlos, es necesario un “pegamento” que sirve para poner al lector en el contexto. ¿Eso es todo? No, antes de escribir, necesita acompañar y observar a quien va a retratar. Quiere saber cómo ejerce el poder y esa información no se obtiene preguntando sino observando, viendo con sus ojos cómo actúa el personaje sobre el que quiere escribir.

“Si algo se vuelve cotidiano, comenzamos a olvidar los detalles”. Los detalles son muy importantes. Roald Dahl recomendaba a los aspirantes a escritores que no se limitaran a decir que el personaje se ataba los zapatos. Lo que realmente importa es la descripción de cómo se realiza la lazada, algo que la mayoría de los periodistas, limitados por el espacio y el tiempo, no se pueden permitir.

Anderson lleva un cuaderno en los viajes. “Me he dado cuenta de que las notas que tomo en los primeros días son las mejores”. Reconoce que su meta es buscar la realidad. Pero siempre es necesario el ingenio para encontrar una “mirada nueva para que la gente diga: ¡Vaya, no sabía eso!”. En la búsqueda de un enfoque distinto es donde más puede ayudar el editor. Cree que no se debe establecer una “competencia de egos” entre editor y periodista. “Tu nombre es el que va a aparecer en la revista firmando el artículo. La misión de un buen editor es sacar lo mejor de ti, hacer que te cuestiones hasta tus propias ideas”. Ese es el método que se resume en dos pasos. En el primero trata de encontrar escenas que contar que muestren la realidad. En el segundo, busca “nuevas formas de mirar. El periodista debe realizar las descripciones de la manera más original”.

Para ilustrarlo con un ejemplo, Anderson relató cómo había realizado el perfil de Iyad Allawi. “Es un hombre muy escurridizo. No en vano, ha trabajado

en el servicio secreto. Lleva seis meses haciendo de chofer, con los americanos en el asiento de atrás. Me encontré con él antes de Navidad en Jordania, antes de que viajara a Londres, donde viven su mujer y sus hijos. Entonces mantuvimos la primera conversación. Pasada la Navidad, le pillé de nuevo en Amman y logré mantener otro encuentro. Le seguí a Bagdad y tuve algunas charlas más. Pero tres o cuatro entrevistas con Allawi no son suficientes para contar la verdad sobre Allawi, porque es un hombre que está acostumbrado a vivir en la sombra y sabe manejar una conversación.

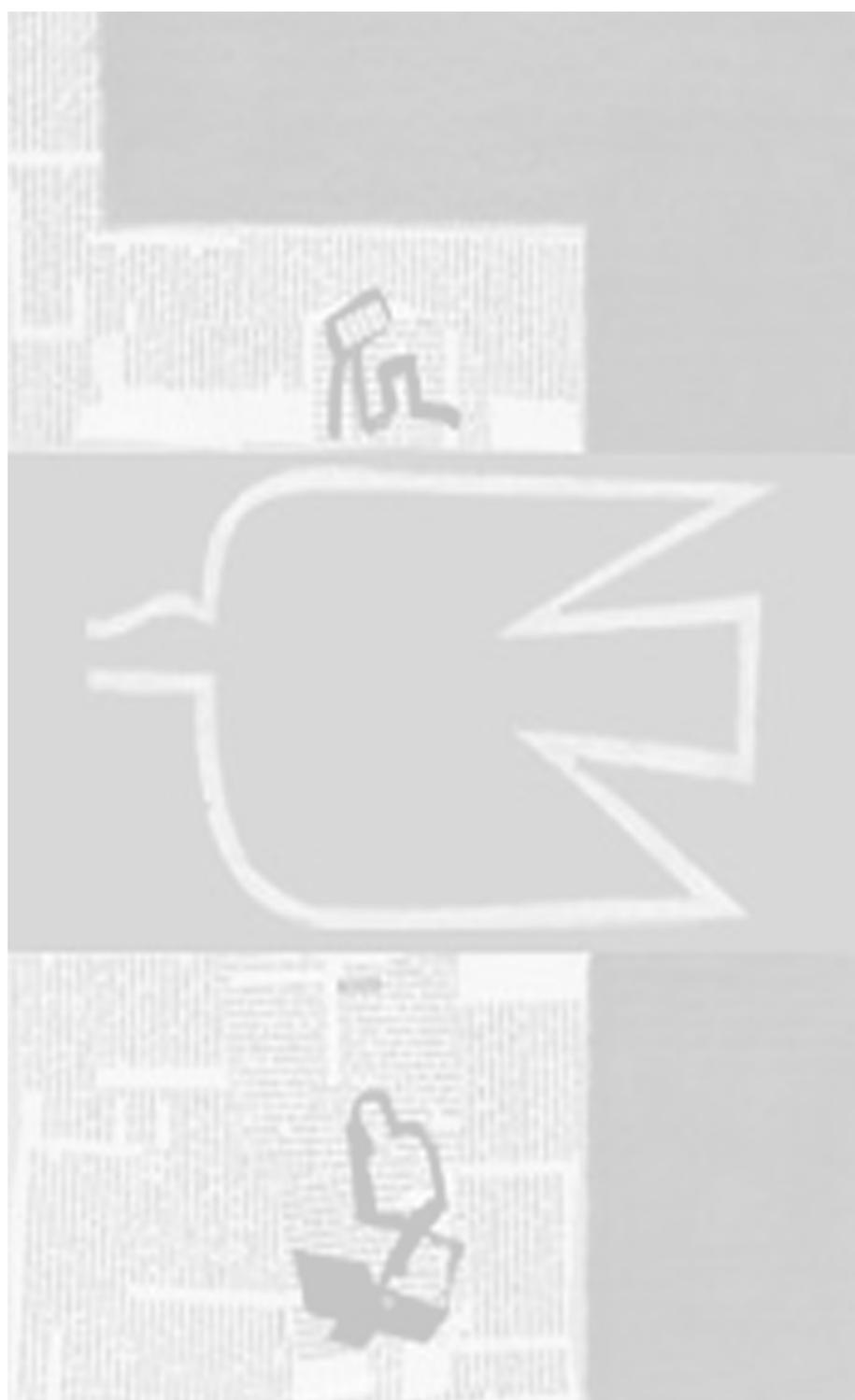
Hablé con parientes, amigos y enemigos. En el último encuentro me di cuenta de que se sentía cómodo con el poder. Por su lenguaje corporal, por cómo se comportaba conmigo y cómo con el público, me percaté de que le gustaba tener el poder. Por fin había encontrado algo que, si preguntaba bien, podría ayudarme a sacar información de su interior. Le pregunté y funcionó: cree en el poder de mano dura, el poder autoritario. La respuesta le salió del alma y me explicó por qué tenían que matar a los terroristas y que su cruzada era reconstruir el que antes era el fuerte ejército iraquí. Este descubrimiento iluminó la pieza”.

Pero no sólo los episodios centrales sirven para “pintorear” un perfil. A veces es más útil una historia que “ilumina de forma natural”. En una de las ocasiones en que Anderson esperaba a Allawi para conversar con él, observó que Sheik Suleiman, un jeque que colaboraba con Allawi, le entregaba a uno de sus hombres su teléfono móvil para que le mirara los mensajes SMS porque él no sabía hacerlo. Uno de los mensajes, que el ayudante se vio obligado a leer en repetidas ocasiones, era una amenaza de muerte. Si Suleiman no rompía con Allawi en las próximas cuarenta y ocho horas sería asesinado. El mensaje explicaba que un equipo de asesinos había sido enviado a Jordania para realizar la sentencia si no obedecía. Lo curioso es que, como el jeque no sabía cómo acceder a los mensajes del teléfono móvil, la amenaza había sido enviada diez días antes de que el ayudante de Suleiman la leyera. Por tanto, el plazo había pasado. Pero el hombre estaba asustado, muy asustado. “Estaba con los ojos de chumbeque”, explicó Anderson. Comenzaron a realizar llamadas telefónicas que hicieron deducir al periodista que intentaban hablar con el servicio de inteligencia jordano. Entonces fue cuando volvió Allawi. Suleiman le explicó lo que había sucedido. Allawi miró el papel donde estaba la transcripción del mensaje, asintió un par de veces con la cabeza, miró a Anderson y le dijo: “¿Hablamos?”, y los dos hombres salieron de la estancia.

Anderson cree que allí hay una buena historia. “Le amenazan de muerte por su alianza con Allawi. Eso ayuda a poner al lector en el terreno, porque ése es el coste de ser un aliado de la CIA. Además, es una anécdota pintoresca y muy de hoy en día, recibir una amenaza de muerte a través de un mensaje de teléfono móvil. Funcionó muy bien para hacer este reportaje”.

# El periodista en el aula

Por FERNANDO GARCÍA MONGAY



*“EL CONGRESO NACIONAL de Periodismo organiza Un día con Jon Lee Anderson el próximo día 22 de enero en el Centro Cultural de Ibercaja del Palacio de Villahermosa de Huesca, en horario de 10 a 19 horas. En la jornada, el periodista explicará su método para la realización de perfiles (reportajes de personas)”, de la nota de prensa que anunciaba el taller.*

Antes de comenzar, Jon Lee Anderson deja un par de libretas en la mesa y, encima, el teléfono móvil. Al lado, perfectamente alineados, dos bolígrafos. Abre una carpeta y, cuando todo está ordenado, empieza a hablar y explica que él es “un corresponsal en el extranjero del *New Yorker*”, pero que no se trata de una corresponsalía demasiado formal. Luego, como para coger carrerilla, repite algunas cosas que dijo en el Congreso de Periodismo:

- “Mi editora es una obsesa. Compró mapas para saber dónde estaba yo”.
- “Ella pone el pegamento para unir la historia”.
- “Si algo se vuelve cotidiano, nos olvidamos de los detalles”.
- “Mis anotaciones de los primeros días son las mejores”.
- “Mi ojo es subjetivo”.
- Vuelve a hablar de su editora. “Es una de las mejores relaciones siempre que se trate de un editor que comprende su papel”.
- “Recopilas la información y luego sale tu nombre en la revista”.
- “Sin escenas no hay artículo”.
- “Las escenas iluminan la pieza”.
- “Si logras encontrar algo de humor para incluir en el perfil, eleva la pieza”.
- “Uno sabe qué es un perfil cuando lo lee”.

Las doce personas que están alrededor de Anderson han acudido al taller para escuchar a un periodista que acaba de regresar de Irak. Pocos días antes, en

una casa de Bagdad, dejaba cerrado y listo para la imprenta su último trabajo, *A man of the shadows*, el perfil de Iyad Allawi.

“Un perfil es un retrato en palabras de la persona y de su tiempo. La persona no existe sin el tiempo en el que vive”, sentencia Anderson. Su método consiste en realizar múltiples sesiones con el “perfilado”, mantener conversaciones con los que le rodean, entender su obra, sin olvidar que lo que dice no siempre es lo más importante. “La escena sí es importante”, matiza Anderson. Luego, añade: “Hay que abrir todos los sentidos para hacer un perfil”.

Cuando escribió el retrato del rey Juan Carlos I, Anderson habló con amigos y miembros de la familia real española. También le permitieron que pasara algún tiempo como observador en el palacio de La Zarzuela. “Cuando escribí el primer borrador, faltaba algo. Hablé con la editora (del *New Yorker*) y llegué a la conclusión de que lo que me faltaba era el conocimiento psicológico de cómo es la monarquía. No hay que olvidar que soy norteamericano y que Estados Unidos es una república. Visité a un noble catalán en su finca. Quería conocer su ‘psique’. Almorzamos juntos y encontré lo que necesitaba: el concepto monárquico, que para mí era nuevo, de sucesión por herencia. Me lo explicó mientras veíamos sus campos a través de la ventana. Era lo que necesitaba para conocer su forma de ver el mundo”.

Anderson reconoce que “la estructura no es mi fuerte”. Cuando escribió la biografía del Che, llegó a abrir 24 hilos conductores distintos. Para los perfiles, en más de una ocasión, ha encontrado en su editora del *New Yorker* la ayuda que necesitaba para que la narración no perdiera la coherencia. Siente que tiene una tendencia a buscar personajes que, para bien o para mal, tengan algo mitológico como lo que poseía el Che. “No soy músico, pero escribir un perfil es como escribir una sinfonía”.

Para el perfil de Gabriel García Márquez, Anderson invirtió siete meses. “Gabo quería mantener el control. Después de cuatro sesiones, nada de lo que me había dicho resultaba muy interesante”. Anderson publicó *El perfil de un fabulista*, en el número 75 de la revista de cultura *Lateral*, de marzo de 2001. Comenzaba el artículo explicando lo importante que es para el escritor conocer la verdad, su verdad, cuando se realiza el retrato periodístico de otra persona. “Cuando comienzo uno de mis perfiles, generalmente me preocupo menos por cómo reflejarlos en última instancia que por descubrir su verdad. Es, de alguna manera, una labor detectivesca. La escritura sólo surge una vez que he adquirido una comprensión intuitiva acerca de quiénes son realmente mis personajes, o de quiénes creen ellos ser”.

El perfil de Gabo se titula *El poder de García Márquez*. El periodista intentó conocer las respuestas a algunas preguntas. ¿De qué tipo es el poder de García Márquez? ¿Qué es lo que busca en el poder? ¿Por qué no lo ejerce directamente? “Como es lógico, García Márquez niega estar obsesionado con el poder”, explica Anderson. “No es mi fascinación por el poder”, le dijo Gabo a

Anderson. “Es la fascinación de los poderosos conmigo. Son ellos quienes me buscan y confían en mí”. Pero otros testimonios que recoge el periodista son distintos. Anderson no se conforma con lo que le ha contado y busca otras versiones para delimitar la forma en que García Márquez se relaciona con los poderosos y cómo emplea su poder. “Le gusta estar próximo al poder”, le dijo el ex presidente de Colombia Belisario Betancur, “pero no poseerlo él mismo”. Más gráfico fue el testimonio de un amigo: “Gabo adora a los presidentes. A mi esposa le encanta tomarle el pelo y decirle que hasta un viceministro se la pone dura”.

“Al final, Gabo me ayudó a obtener la narrativa dramática que necesitaba para escribir su perfil. Entendí mi particular interés en su eterna fascinación con el poder político y en su rol como diplomático y emisario secreto entre varios grupos guerrilleros y los gobiernos de Colombia, Cuba y otros países.

Aunque me ocultó varias cosas (a menudo protestaba en broma ante mis preguntas: ‘¡Tengo que dejar algo para mis memorias!’), Gabo me permitió entrever aspectos valiosos acerca de este lado de su personalidad”, decía Anderson en el artículo de la revista *Lateral*.

“Estaba nervioso y con la boca abierta. ¡Coño, era Gabo!”. En la primera entrevista con García Márquez el escritor colombiano le enseñó a liberarse de la grabadora. “Yo pensaba que íbamos a hablar entre amigos”, le dijo Gabo. En una conversación entre amigos no se toman notas.

“Si Gabo había dejado de utilizar la grabadora, yo no podía ser menos”. A partir de entonces, sólo la emplea cuando se trata de jefes de Estado. “Cuando escribes inmediatamente después se puede reconstruir casi todo de memoria”. Por lo general, el periodista que utiliza casetes de cinta o grabadoras digitales para realizar su trabajo se ve obligado a dividir su atención entre el aparato y la conversación que mantiene. Una de las mejores anécdotas sobre grabaciones de entrevistas que he oído me la contó el periodista Manu Leguineche en su casa de Brihuega. En los años setenta, Leguineche se hizo pasar por profesor para conseguir una entrevista en exclusiva con el general Perón. “Empleé dos casetes, pero cuando llegué al taxi, comprobé que ninguno de los dos había grabado nada y no me quedó más remedio que reproducir la entrevista de memoria. Nada sustituye a la capacidad que tú tengas para tomar notas en directo y, además, evita transcribir tediosos discursos”.

Otro de los problemas a los que se puede enfrentar el periodista es a la cantidad de información de la que dispone. El exceso puede ser peor que el defecto. En más de una ocasión contar con mucho material puede llegar a paralizar las manos cuando se ponen en el teclado. Mucho material y muchas fuentes hacen que se abran varios caminos narrativos, que pueden llegar a producir un bloqueo del que sólo se sale con la ayuda de un tercero, que realice las funciones de editor y desenrede la maraña.

Poner el punto final tampoco resulta una tarea fácil. ¿Cuándo se tiene bastante? Anderson explica en el artículo de *Lateral* como concluyó su retrato de Gabriel García Márquez: “Cerca de un mes más tarde, cuando Gabo había sucumbido a su enfermedad y estaba recluido y recibiendo tratamiento médico, regresé a Colombia. Nos vimos un par de veces. Durante uno de esos encuentros, yo intentaba aguijonear a Gabo para conseguir que me revelara algo más acerca de sí mismo. Me miró sonriendo y, en un tono de reproche amigable o paternal, me dijo: ‘Pero si ya tienes la historia, ¿todavía no te das cuenta?’”.

En 1998, Anderson todavía no era un escritor de plantilla del *New Yorker*. Escribía una media de 5 perfiles al año, alrededor de 50.000 palabras que le bastaban para vivir holgadamente. Al escribir el retrato del general Pinochet se percató de que no hay que dar nada por sentado. Cuando empezó, localizó el número de teléfono de la hija de Pinochet en la guía telefónica. ¿Quién podía pensar que fuera tan fácil hablar con ella? Consiguió cenar en casa de un hijo del dictador y acompañar a la hija por las calles de Santiago de Chile en un utilitario que alquiló.

Cuando conoció al dictador se sintió decepcionado. Parecía que era más mayor y como si hubiera empequeñecido. “Pero tan solo fue una impresión inicial”, porque al preguntarle por “las críticas de los métodos que usó para gobernar”, Pinochet cambió de actitud: “soltó una risita áspera y, entonces, su expresión se tornó seria, y habló con calma mientras elegía sus palabras”.

Cuando salió de la entrevista, Anderson sacó la conclusión de que acababa de hablar con un “hombre muy astuto que intentaba usar toda la influencia política que le quedaba para protegerse de cualquier castigo por lo cometido en el pasado. Sentí que “la reconciliación nacional”, una frase que el ex general usa frecuentemente, era, de hecho, una palabra para designar algún tipo de acuerdo o inmunidad política que él esperaba alcanzar”. Anderson, que siempre está interesado por cómo ejercen el poder los poderosos, encontró en Pinochet a un hombre que “piensa en la muerte en todo momento”, pero que ejerció su poder “más allá de la moral”. El grito de Pinochet, solicitando que se terminaran todas las reclamaciones, fue “la parte de violín que necesitaba la pieza”. A los asistentes al taller, Anderson les contó que Pinochet era coleccionista de objetos relacionados con Napoleón y con los césares romanos. Incluso llegó a decir que reconocía que “en persona, Pinochet me cayó bien”, pero a la hora de reflejar al dictador de Chile no fue tan benévolo.

En los últimos treinta meses, Anderson sólo ha escrito sobre Irak, a excepción de un reportaje que realizó en África, en la pequeña isla de Saõ Tome & Príncipe. En 2004, publicó *La caída de Bagdad*, un libro que Anagrama traducirá este año en España. A raíz de los últimos conflictos, jóvenes periodistas han escrito libros donde, empleando la primera persona, cuentan cómo vivieron la guerra de Irak o de Afganistán. Jon Lee Anderson, como la mayoría de los periodistas de la vieja escuela, no emplea la primera persona más que para situar

alguna escena, para reforzarla o porque no hay más remedio. Pero no parece que quiera entrar en el tenebroso juego de esa nueva moda que lanza al estrellato periodístico a los periodistas que informan desde las guerras.

Escribe en la pizarra, con excelente caligrafía, los seis pasos para realizar un perfil:

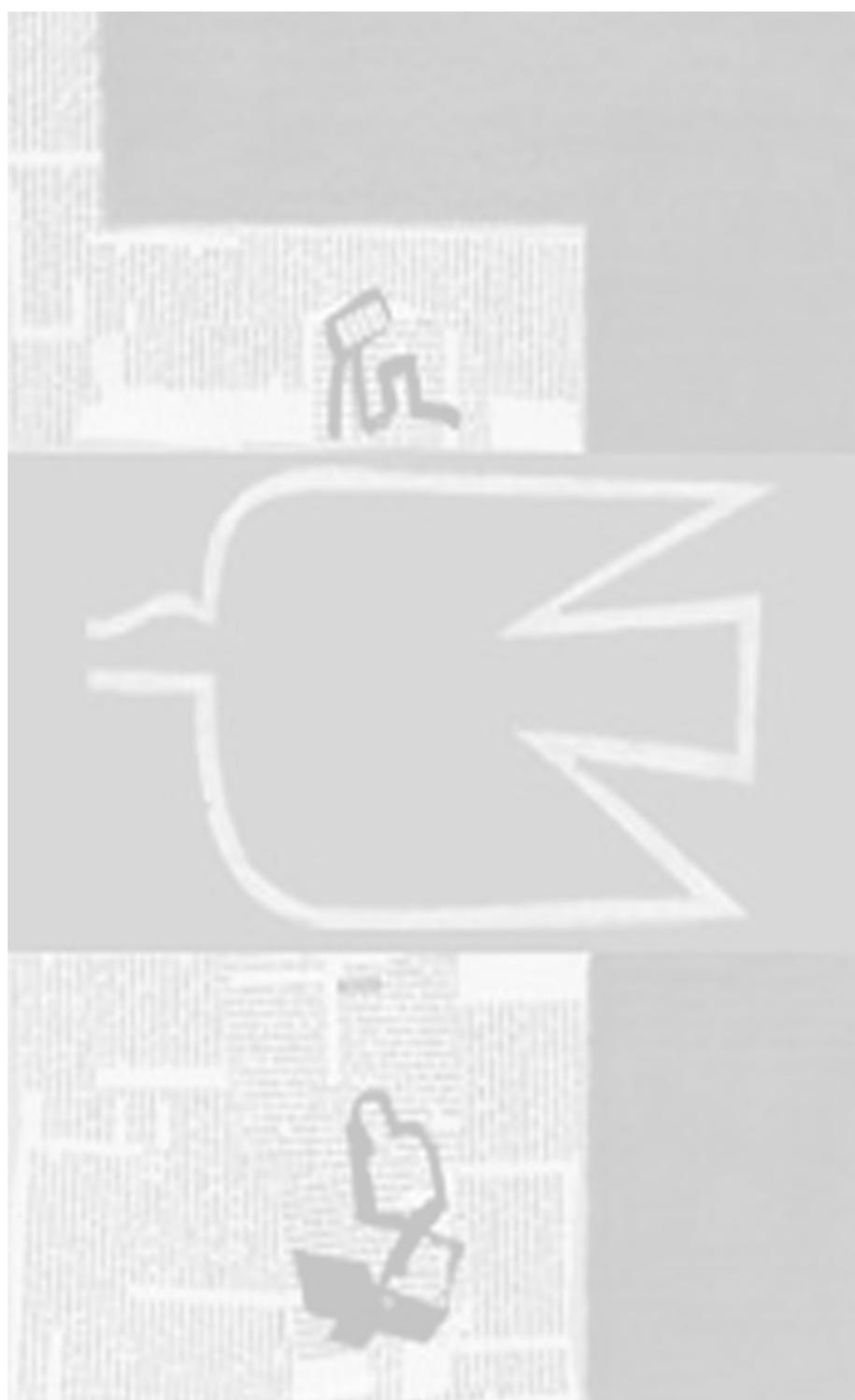
- Concepción-meta
- Reportero
- Elaboración
- Edición
- Verificación de datos
- Cierre

Para escribir, aunque pasa más tiempo en hoteles y aviones, Anderson prefiere su casa. “Me sentaré en mi mundo y lo escribiré”, dice. Luego añade: “Para escribir, necesito algo así como un trance”. La presión de la fecha de entrega siempre sirve de ayuda, pero el periodista está convencido de que “si uno puede lograr lo ideal, lo logra”. Y eso es lo que intenta cada vez. El famoso departamento de verificación de datos del *New Yorker* puede ser como una ladilla. En caso de duda, le piden que envíe sus notas por fax. “Pero en Bagdad, en plena guerra, no se encontraba un fax en funcionamiento”, se disculpa con una sonrisa que busca la complicidad de los periodistas que asisten al taller. “Entre otras cosas, el trabajo de los verificadores consiste en llamar a toda la gente que se cita como fuente en los reportajes. A veces, el problema puede venir por el nombre de una flor. “Me gustan las flores, pero no conozco los nombres”. En un reportaje sobre Afganistán, habló de las petunias rojas que crecían en un jardín. Una de las personas que trabaja en la verificación de datos llamó al director del Jardín Botánico de Nueva York para preguntarle. El director le dijo que esa variedad de petunias no podía existir en Asia Central. Anderson no tuvo más remedio que escribir que se trataba de flores rojas.

Y continuó hablando durante un par de horas más. Sin prisa, como si los que le rodeábamos en el aula fuéramos lo que más le importaba. Al fin y al cabo, estaba hablando de lo que más le gusta: emplear la literatura para hacer periodismo.



**Sobre  
Jon Lee Anderson**



CORRESPONSAL DE LA revista *New Yorker*. Desde 1998 ha escrito perfiles sobre Gabriel García Márquez, Augusto Pinochet, Hugo Chávez, Saddam Hussein, el rey Juan Carlos y Fidel Castro, entre otras figuras internacionales, además de artículos sobre Cuba, Panamá, Liberia, Angola, Saõ Tome & Príncipe y el País Vasco.

A partir de septiembre de 2001 ha trabajado en Afganistán e Irak, escribiendo desde el terreno de conflicto dentro de la llamada “guerra contra el terrorismo”. En 2002, publicó el libro, *La tumba del león: partes de guerra desde Afganistán*, y en septiembre de 2004, *La caída de Bagdad*, Penguin Press, EEUU, que Anagrama publicó en España en 2005.

1992-1997: Investigación y redacción de *Che Guevara: una vida revolucionaria*, publicada por Grove Press, Nueva York, 1997 (publicado posteriormente en otros idiomas, incluyendo castellano, portugués, italiano, alemán, finlandés, sueco, bahaisa, turko, serbocroata, farsi y braille). Anagrama publicará una nueva edición, en español, con traducción revisada, en 2006.

1988-1992: Investigación y redacción de *Guerrillas*, una exploración de la cultura guerrillera en El Salvador, Sahara Oriental, Gaza, Afganistán y Birmania, publicado por Times Books/Random House, Nueva York, 1992; y Harper Collins, Reino Unido. Penguin Press lo ha reeditado en 2004.

1986-1987: *Zonas de Guerra*, historias orales sobre los conflictos en El Salvador, Irlanda del Norte, Israel, Uganda y Sri Lanka. Coescrito con su hermano Scott Anderson y publicado por Dodd Mead & Co, Nueva York.

76 1984-1986: *Dentro de la Liga*, una investigación al interior de la Liga Mundial Anticomunista y sus conexiones con los escuadrones de la muerte latinoamericanos, escrito con Scott Anderson, publicado por Dodd Mead & Co., Nueva York; traducido al ruso, japonés y portugués. Reportero de la revista *Time* en América Central, establecido en Honduras y El Salvador.

1982-1984: Reportero de investigación para el columnista Jack Anderson, con base en Washington, cubriendo Latinoamérica.

1979-1980: Reportero para el semanario en idioma inglés *The Lima Times*, Lima, Perú.

Otros Artículos en el *New York Times*, *Harper's*, *The Nation*, *The Guardian*, *El País*, y otros periódicos. Colaboró en varios documentales para televisión realizados en Panamá, Bolivia, Guatemala y Bosnia entre 1990 y 1995. Líder de expediciones para la Escuela Oceánica en Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia 1977-79.

Datos personales:

Casado, con tres hijos. Nacido en California, EEUU, el 15 de enero de 1957. Criado y educado en Corea del Sur, Colombia, Taiwán, Indonesia, Liberia y Estados Unidos. Asistió a la Universidad de Florida (1975-1977). Desde entonces, ha residido en Perú, Honduras, El Salvador, Cuba, Washington D.C., Nueva York, Inglaterra y Granada, España. Actualmente vive en Dorset, Inglaterra.







